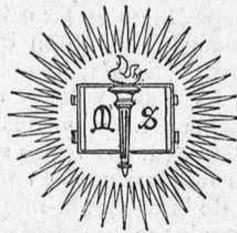


La Ilustración Artística



Artística

Año XV

BARCELONA 27 DE ABRIL DE 1896

Núm. 748



DOS DE MAYO DE 1808 alegoría dibujada por Enrique Estevan

ADVERTENCIA

Habiendo reunido los materiales necesarios para la ilustración del cuarto y último tomo de las TRADICIONES PERUANAS, de D. Ricardo Palma, tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que próximamente publicaremos en la Biblioteca Universal este libro, que completa la interesante obra del insigne literato americano y que no dudamos ha de ser acogido con entusiasmo por nuestros lectores, dado el éxito extraordinario obtenido por los tres primeros.

Aunque el tomo que anunciamos puede, por la índole de los trabajos en él contenidos, ser leído con entera independencia de los anteriores, como suponemos que muchos de nuestros suscriptores desearán tener la obra completa, á los que por serlo con posterioridad á la publicación de los tres primeros tomos no los posean, se los ofrecemos al precio excepcional para los suscriptores á la Biblioteca Universal de cinco pesetas cada uno.

Aquellos que no acepten esta combinación y no quieran el tomo cuarto de TRADICIONES que anunciamos, podrán escoger en vez de éste una de las obras siguientes:

LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS, por D. José Zorrilla, con preciosas láminas de Gustavo Doré.

EN FAMILIA, interesante novela de Héctor Malot, premiada por la Academia Francesa, profusamente ilustrada.

LA LEYENDA DE LOS TENORIOS, por D. José Zorrilla, con hermosos dibujos de José L. Pellicer.

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870-71), por el mariscal conde de Moltke, con profusión de grabados.

LA ÚLTIMA SONRISA, novela de Luis M. de Larra, ilustrada por Alfredo Perea.

Suplicamos á nuestros suscriptores que por conducto de los repartidores y de los corresponsales nos avisen anticipadamente por cuál de estas dos combinaciones optan, y en caso de querer en vez del tomo cuarto de TRADICIONES PERUANAS alguna de las otras obras citadas, nos manifiesten cuál de éstas desean para que podamos hacerles oportunamente el reparto conforme á sus indicaciones.

SUMARIO

Texto. — *Dos de Mayo*, por Emilia Pardo Bazán. — *Enterramiento de Carlos V*, por R. Balsa de la Vega. — *El idilio trágico (Episodio de 1808)*, artículo ilustrado con tres grabados, escrito por Angel R. Chaves. — *El oficial quinto. Historieta contemporánea*, por A. Danvila Jaldero. — *«Falstaff» de Verdi, en el Liceo de Barcelona*, por X. — *Nuestros grabados. — La Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona*, por A. García Llansó. — *Miscelánea con noticias de Bellas Artes y de Teatros. — Problema de ajedrez. — El áncora*, novela original de Doña Emilia Pardo Bazán, con ilustraciones de Cabrinety (continuación). — *Ascensiones á grandes alturas*, por X. — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. — *Dos de mayo*, alegoría dibujada por Enrique Estevan. — *Enterramiento de Carlos V*, célebre grupo de estatuas orantes, en bronce, modelado y dorado á fuego por Pompeyo Leoni, existente en la iglesia de San Lorenzo del Escorial. — *«Falstaff» en el Liceo de Barcelona. Retratos de Shakespeare y de Verdi. Interior de la hostería de la Jarretiere. Jardín de la casa de Ford. Interior de la casa de Ford. El parque de Windsor. Decoraciones pintadas por Soler y Rovirosa y por Vilumara, dibujo y composición de Nicanor Vázquez. — Preparativos para una huelga*, copia del célebre cuadro del pintor húngaro M. Munkacsy. — El eminente hombre de Estado griego M. Tricoupis. — *Luis Munthe*, célebre pintor alemán. — *Paredes de roca en los Alpes. — Ascensión por un sendero practicado junto á un abismo. — Ascensión por una «chimenea»*. — *Trepano por las rocas*. — Teatro conmemorativo de Shakespeare recientemente construído en Stratford del Avón para representar en él las obras del gran poeta dramático inglés.

DOS DE MAYO

Entre las gloriosas efemérides de la historia nacional, una de las pocas de que jamás se prescinde, que el pueblo anota y conmemora, es la del día dos de mayo de 1808.

Varias circunstancias contribuyen á ello, y la primera no es la menos eficaz. Si el aniversario acierta á caer en diciembre, época de frío y de lluvia, de cierzo helado y de barro en los pisos, seguramente no se echa á la calle tan animado el gentío de la villa y corte. ¿A quién no tentará una efusión patriótica en un día del mes más apacible y benigno del año, bajo un cielo de raso azul y un sol de oro bruñido, cuando las acacias abren su blanco tirso y embalsaman el ambiente, cuando las mujeres, vestidas de alegres colores y estrenando el coquetón sombrerillo de paja, convierten la vía pública y los paseos en canastillas de flores ambulantes?

Fué sin duda sublime el hecho del Dos de Mayo; de una sublimidad trágica y horrenda. Cada vez que volvemos á leer su relato sencillo, sin hipérbolos ni comentarios, en las severas páginas del «Levantamiento, guerra y revolución de España» por Toreno, el mismo escalofrío de entusiasmo serpea al través de nuestras venas. Permanecen ciertos barrios de

Madrid tan idénticos á como eran en el año de la catástrofe, que á poco que la imaginación ayude logramos reconstruir las escenas del levantamiento; la efervescencia de los amotinados en las calles de Carretas, Mayor y Alcalá; el paso estrepitoso de los mamelucos y dragones de Murat; los gritos de horror dentro de las casas asaltadas por la soldadesca francesa; las luchas episódicas en las callejuelas; los grupos navaja en mano, ardiendo en ira; la rabiosa defensa del parque de artillería; los cuerpos ensangrentados de los héroes Ruiz, Velarde y Daoiz, amortajados con retazos de tela de tiendas de campaña; el entierro sigiloso de aquellos restos sagrados; la abominación de los fusilamientos en masa, encubierta por las sombras de la noche; la iniquidad de las comisiones militares; los montones de cadáveres palpitantes hacinados en el Prado y el Retiro; el albor de la mañana iluminando nuevos sacrificios, y el aire fresco y aromado resonando con el eco lúgubre de las descargas y secando las lágrimas en los ojos de los que lloraban á sus muertos, para encender mejor el fuego de la venganza y de la desesperación que obra milagros...

* *

La poesía ha cantado, en estrofas de bronce como las de Tirteo, la tremenda hecatombe; la pintura ha reproducido sus episodios; los ha narrado la novela; la escultura y la arquitectura la consagraron sus esfuerzos y sus creaciones; y — detalle digno de nota — dondequiera que aparece descrito ó cantado el día de horror, se encuentran huellas de la intervención de la mujer en aquellos sucesos, origen del alzamiento nacional por la independencia de la patria.

No es nuevo el caso: en toda guerra natural (llamo naturales á las que tienen por objeto rechazar al invasor), la mujer toma parte; es soldado y es héroe. Antes que Velarde y que Ruiz, la maja madrileña pelea, resiste y muere. Ella excita á la rebelión al marido, al cortejo, al hijo de sus entrañas; ella, con sus dicharachos, sus donaires y sus desplantes de arrogancia, crea ese espíritu heroico-desdeñoso que caracteriza el movimiento contra la dinastía extranjera; ella, atraillada, empujada á culatazos, es arcabuceada en compañía de los patriotas, y les da ejemplo de estoicismo, y á veces de cristiana resignación; ella es la que, en el tréptico lienzo de Goya, alza al cielo las manos implorando á Dios, ó las retuerce clamando venganza; ella es la que cura las heridas, la que carga las armas, la que, si faltan hombres, las maneja con desesperada furia.

La leyenda se ha apoderado de este tipo de la mujer, símbolo de nuestra victoria. Dígalo, por ejemplo, la famosa hija del chispero Malasaña, cuyas proezas inspiraron á más de un pintor.

¡Lástima grande que, después de las últimas investigaciones acerca de esta figura bizarra de la maja, muerta de un balazo mientras defiende una de las entradas del parque de Madrid, no podamos seguir otorgando crédito á tan épico relato!

Sin embargo, como la verdad suele dar ciento por uno cuando sustituye á la ficción, aparece quizás más interesante la verdadera figura de Manuela Malasaña en el bien documentado estudio del Sr. Cambronero (1).

Manuela Malasaña no defendió el Parque, ni cayó herida de muerte en el acto de pasar á su padre los cartuchos — entre otras razones porque su padre había muerto antes del 2 de mayo. — Manuela Malasaña se ganaba la vida bordando, y al regresar del taller á su casa, en aquella luctuosa noche, detúvola una patrulla francesa; la registró, y como la encontrase, pendientes de la cintura las inofensivas tijeras, instrumento de su profesión, sin más examen la fusilaron en las inmediaciones del Parque al punto mismo. En el lugar del suplicio pusieron los españoles una cruz.

«La figura de Manuela Malasaña — escribe Cambronero — nada pierde con la investigación histórica: es la víctima inocente sacrificada por la brutalidad del ejército invasor; es la mártir que, resignada y sin lucha, derramó su sangre por la independencia de la patria.»

Víctima, en efecto, bien inocente y bien conmovedora la niña de quince años (tal edad contaba Manuela), la humilde bordadora huérfana á quien hubo que enterrar de misericordia; la criatura que sola y desvalida por las calles de la ciudad, á la hora en que las sombras aumentan el horror de la batalla, espantada por el ruido de la fusilería, se dirige á su casa en busca de asilo, y se encuentra de pronto cercada de soldados, de verdugos dijera mejor, profanada por el registro brutal, injuriada en lengua que no

entiende, gólpeada, maniatada, arrimada á una pared, y cae destrozada por las balas, antes de haberse dado cuenta de cuál es su delito, antes de haber podido ni balbucir una oración!

Las víctimas como Manuela Malasaña, si no combaten en vida, combaten después de morir, por la misma barbarie de su sacrificio. ¡Quién duda que los patriotas que señalaron con una cruz el lugar del suplicio de Manuela y sepultaron su cuerpecillo virginal acribillado por el plomo enemigo, sintieron germinar en sus pechos esa generosa indignación, origen de tantas acciones grandes y de tantas hazañas increíbles! La sombra de Manuela, como las de las víctimas de Gloucester, batalló contra el francés, y vagó sobre el campo de batalla en la hora de nuestros triunfos.

* *

Madrid está lleno de recuerdos del Dos de Mayo. Los monumentos que conmemoran tan alta fecha se alzaron como brote del sentimiento popular.

En 1814 se erigió el primero. Después, la reacción absolutista paralizó las obras del obelisco, convirtió en muladar el *Campo de la Lealtad*, y apenas consintió el obsequio de una misa rezada á las almas de los muertos gloriosos.

Entonces sí que pudo decirse con Espronceda:

«¡Ay! ¿Cuál fué el galardón de vuestro cielo,
de tanta sangre y bárbaro quebranto,
de tanta heroica lucha y tanto anhelo,
tanta virtud y sacrificio tanto?»

Por fin, en 1840 se terminó el monumento tal cual se ve hoy. Desde entonces aparecieron otros, como el bello grupo escultórico de Velarde y Daoiz; y no hace mucho, reparando omisiones que deploraba el arma de infantería con razón, la estatua del teniente Ruiz, primero que derramó su sangre en la jornada del Parque de artillería.

Lo repito: la tragedia no se borra de la mente del vecindario de Madrid; los demás cantos de la magnífica epopeya palidecen ante este tan dramático, tan fácil de comprobar en los edificios, en la topografía, hasta en el carácter del pueblo madrileño, apenas modificado, en lo esencial, por la acción y el curso de casi un siglo.

Aunque no hayamos nacido en Madrid, en ese día todos nos sentimos madrileños en espíritu; todos nos echamos á la calle, todos pedimos por las víctimas, todos vamos en piadosa romería al altar y santuario cívico del Prado.

Confieso, no obstante, que este año, al tributar el acostumbrado y justo homenaje á los mártires de la gloria, me asaltarán algunas ideas que no puedo menos de someter á tu juicio, ¡oh lector!

¿No es verdad que la fiesta del Dos de Mayo, en las actuales circunstancias, aun cuando no perderá su alto sentido de protesta en favor de la integridad y libertad del territorio, no puede ya entrañar manifestaciones de odio y enojo contra la nación francesa?

Corren los años; varían de todo en todo las circunstancias; cambia la dirección de la política; extingüense los rencores entre los pueblos — por hondos que sean, — y ese sentimiento firme y bravío del amor patrio, si quiere llenar su fin, tiene que adaptarse también al momento y á la hora que señala el reloj del tiempo, porque si equivocase la dirección, perdería y gastaría en vano fuerzas que bien empleadas pueden ser de gran provecho.

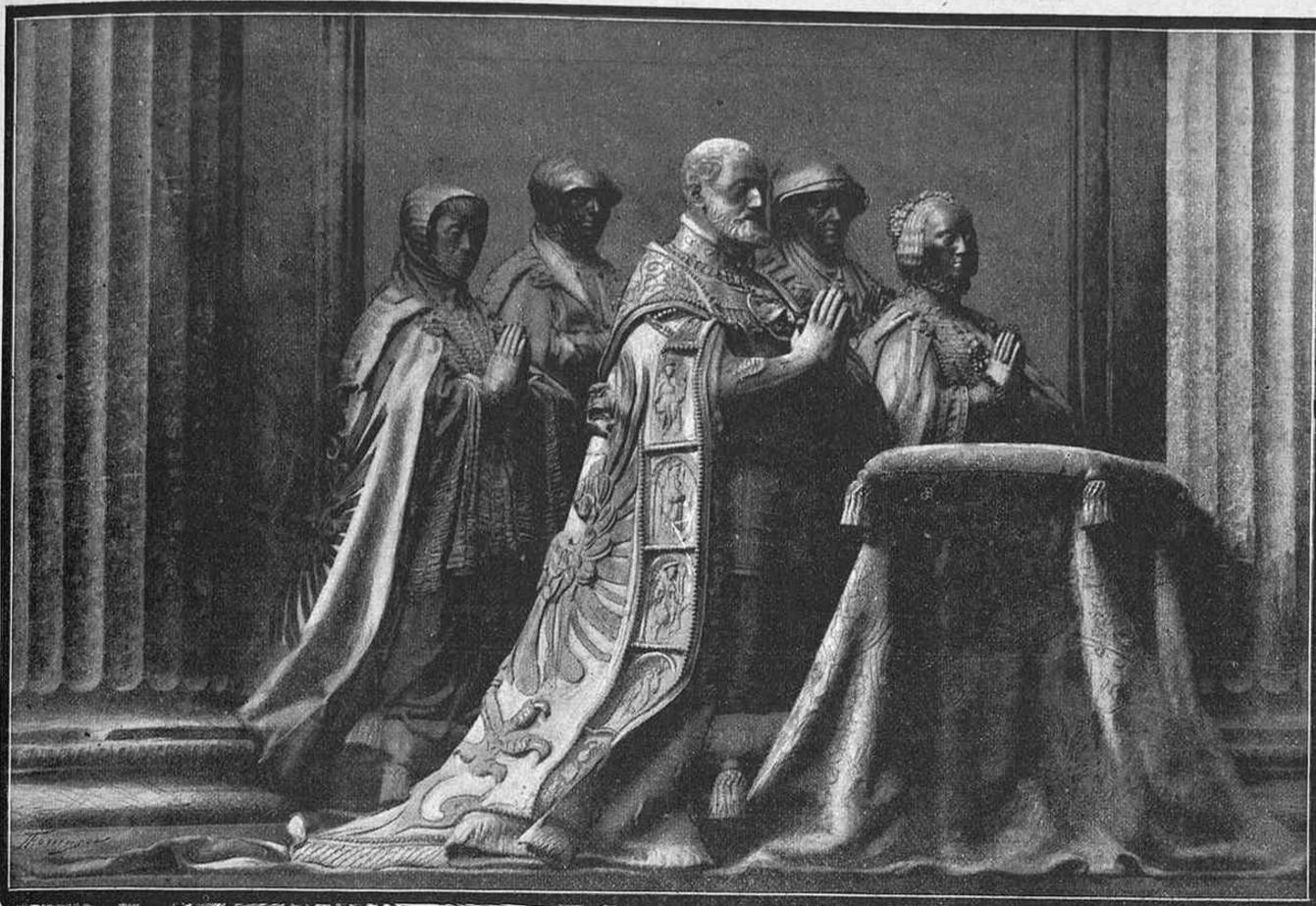
Napoleón y la dinastía napoleónica no son ya más que un período cerrado en los anales del pueblo francés.

Todo pasó, todo feneció, lo mismo el belicoso primer imperio, que el brillante y fastuoso segundo. Hay para nosotros cierta satisfacción en comprobarlo; hemos durado más que la obra del gran tirano del orbe, el genio de la guerra, el personaje más decisivo del siglo pasado y del presente.

Nuestros enemigos actuales son los yankees, á quienes ahora nos complacemos en injuriar y denigrar como denigráramos al *Pepe Botellas* de antaño, y en cambio la nación francesa parece encontrarse hoy tan bien dispuesta en nuestro favor; es tan cortés y halagüeño para nosotros el lenguaje de su prensa, que casi podemos considerarla una aliada moral, ya que la alianza diplomática no exista y no llegue á pactarse nunca.

No es, pues, hora de acudir al *Dos de Mayo* con la ira en el alma y el insulto en la boca, aunque siempre debamos llevar á ese sitio venerando la plegaria en los labios y el más tierno respeto en el alma.

(1) Este estudio vió la luz en 1891, en *La España Moderna*.



Pompeyo Leoni, hijo al cabo del que había introducido en Milán lo que aprendiera en Florencia como grabador y escultor, no podía por menos de estampar



ENTERRAMIENTO DE CARLOS V

23 de abril de 1598

Célebre grupo de estatuas orantes, en bronce, modelado y dorado a fuego por Pompeyo Leoni, existente en la iglesia de San Lorenzo del Escorial.

Como nadie ignora seguramente, Pompeyo Leoni era hijo del célebre León Leoni Aretino, famosísimo escultor que el emperador Carlos V hizo noble, por lo cual se firmaba *Cavaliere Aretino*. Hallándose el hijo de Felipe el Hermoso y de Doña Juana la Loca en Bruselas y habiendo llegado hasta él la noticia de los grandes talentos que como grabador y escultor poseía León Leoni, le llamó a su residencia flamenca, encargándole múltiples trabajos que aun hoy son la admiración de los inteligentes. En su viaje le acompañó Pompeyo, a la sazón jovencillo imberbe, pero que demostró muy pronto que sabía sostener el apellido de su ilustre padre.

En efecto, retirado ya León a Florencia y más tarde a Milán, quedóse en Madrid Pompeyo, quien fue sucesivamente escultor y grabador de Carlos V y de Felipe II; este último supo estimar como se merecía el valer del artista. Después de haber ejecutado varias obras de importancia, tan a gusto del rey que le señaló una pensión vitalicia de cincuenta ducados mensuales, hubo de ocuparse en compañía de Trezo y de otro escultor de los trabajos de decoración y de varias estatuas en bronce representando santos para el gran retablo de la iglesia del Monasterio del Escorial. Aún no terminados estos trabajos, Felipe II le ordena que modele dos grupos para emplazarlos, uno en el lado del Evangelio de la citada iglesia y otro en el de la Epístola; dichos grupos debían componerse de retratos de personas de la familia real y figurar en primer término Carlos V y el propio Felipe.

Por una escritura que se guarda en el archivo de Simancas, exhumada por M. Eugene Plon y publicada por este extranjero, con otros no menos interesantes documentos, en su magnífico libro *Leone Leoni y Pompei Leoni*, se sabe la fecha en que Pompeyo dió por terminado el grupo del enterramiento de Carlos V y en la que aceptó legalmente el compromiso de modelar, fundir, dorar y emplazar el de Felipe II. La escritura en cuestión comienza así: «Lo que por mandado de Su Majestad y en su real nombre se asienta y concierta con Pompeo Leoni, su escultor... etc.» «Primeramente que por cuanto el dicho Pompeo

Leoni se ha encargado por mandado de Su Majestad de hacer las dichas (?) diez figuras y dos sitaliales conforme a la orden de Su Majestad le ha mandado dar, y las cinco de ellas con el un sitial que se han de poner a la parte del evangelio están ya fundidas y reparándose, el dicho Pompeo ofresce y se obliga que las otras cinco figuras que se han de poner al lado de la epístola y el sitial en que al presente entiende las hará sin alçar mano dellas ni ocuparse en otra cosa él ni los oficiales que tiene consigo... etc.»

En la margen de esta primera cláusula de la escritura hay una acotación de puño y pulso de Pompeyo Leoni que dice: «Las he de dar fundidas en toda perfección dentro de diez y ocho meses, que corren desde primero de enero de 1597 y se cumplen en junio de 1598 — fundidas y no reparadas.» — Este documento está signado el 23 de abril de 1598.

Por cartas recogidas y recientemente publicadas, las cuales forman parte de la correspondencia particular de los Leoni, se sabe que el grupo del enterramiento de Carlos V se comenzó a reparar, ya terminada su colocación, en el mismo día en que se otorgó el contrato de que vengo haciendo mérito; y que por haberlo visto en el día anterior el rey, y satisfecho plenamente, se hizo dentro de las veinticuatro horas siguientes el dicho contrato, pues Felipe II temía «no alcanzar a ver mi estatua y la de mi esposa é hijo,» temor que se convirtió en realidad. Del enterramiento del segundo de los Austrias diré algo en otra *efeméride*, pues son dignos de conocerse varios detalles, así artísticos como históricos.

Son las estatuas que componen los grupos de ambos enterramientos algo mayores que el tamaño natural y aparecen de rodillas y con las manos en actitud de orar. En este enterramiento de Carlos V figuran en primer término el emperador, vestido con armadura y cubierto con el manto regio, en el cual se ven, en grueso relieve, las águilas de dos cabezas; a la derecha está colocada la emperatriz, que viste lujoso traje de corte; detrás del emperador está la infanta doña María, hija de aquél; a su derecha doña Leonor, y entre ambas un poco retirada la hermana de ésta, doña María, hermana a su vez del César.

Como estudio moral y físico de los personajes, como demostración del refinado buen gusto florentino que Pompeyo Leoni imprimía a sus obras, como estudio de indumentaria, como obra escultórica en la cual se advierte la maestría portentosa del artista, y por último, como monumento originalísimo, único, el enterramiento de Carlos V (y el de su hijo) será siempre, en todos tiempos, motivo de admiración y al propio tiempo de orgullo para la España artística. Bien se advierte en aquellas labores de la decoración del sitial, en aquellos plegados de los paños, en aquellas combinaciones de bordados y encajes el refinamiento de un gusto estético tan depurado como el que fué patrimonio de los artistas florentinos que bajo los Médicis dieron forma a tantas obras maestras.

en sus obras el sello de florentinismo — permítaseme la palabra — que por herencia de sangre y por educación artística formaba gran parte de su personalidad; mas a pesar de esto, nótese ya una manera sobria y hasta si se quiere varonil en la obra de Pompeyo, que la distingue de la de su padre. Véase, aparte la estatua del emperador Carlos V, las de las hermanas de éste, doña Leonor y doña María, muy singularmente la de la primera: parece un retrato modelado por Coello. La sencillez y el punto de ascetismo que imprime al rostro de líneas finas, pero enjutas, de la citada princesa, aquel tocado acanalado que le avanza de la cabeza y le encierra el rostro, como encierra el de la Paulina de hoy la toca blanca, le presta un sabor tan marcadamente español, de la España caballeresca, religiosa y altiva de aquellos días, en los cuales podía decirse que Europa entera temblaba ante sus armas y la extensión de sus dominios, que separada la figura del resto del grupo tomárasele por obra de artista español. No puede decirse otro tanto de la estatua de la emperatriz, por causa de la indumentaria riquísima con que está vestida, la cual da motivo al artista para que éste haga lucimiento de sus gustos y aficiones, más acordes con la riqueza y elegancia de la corte de los Cosme y Lorenzo de Médicis, que con la severa de Felipe II ó Carlos V; en cambio la estatua de su otra cuñada doña María, como la de la dicha doña Leonor, son modelo de sencillez y pudieran tomarse como copiadas de cualquiera de las figuras de aquellas tablas que pintaron los pintores castellanos de los días de Isabel la Católica y doña Juana la Loca.

Indudablemente que el medio ambiente de la sociedad en que venía viviendo hacía ya buen número de años Pompeyo, modificó en gran parte su temperamento de artista, despojándole de ciertas brillanteces de ejecución y de cierta manera en interpretar las líneas generales de las figuras, que pudiera llamarse demasiado pagana, para amoldarlo a la rigidez hierática del modo de ser de aquellos señores españoles de entonces, tan ceremoniosos y graves. Por esta razón puede casi — ciertamente que falta el *casi* — considerarse la obra de que me ocupo como obra maestra, hija de nuestro senso y temperamento; pues es bien cierto que no sintiera ningún magnate ni artista italiano motivo tan religioso. Y por lo que atañe a la misma realización plástica, no difiere gran cosa Pompeyo en el modo de interpretar el natural del de nuestro Berruguete, como puede compararse viendo, por ejemplo, el sepulcro del cardenal Tavera, existente en Toledo, de mano del discípulo de Miguel Angel.

Para terminar, el estudio psicológico que puede hacerse en estas estatuas de los enterramientos de la iglesia del Escorial es interesantísimo, así como el fisonómico. La raza austriaca de nuestros reyes de aquella casa, vese clara y distintamente en los rostros de bronce del emperador y en los de sus hermanas; y en las facciones de doña Leonor puede adivinarse el mentón y muy poco el óvalo del rostro, la caralacia y el labio inferior inverosímil del embrujado tataranieto del excelso vencedor en Orán Carlos V de Alemania y I de España.

R. Balsa de la Vega



EL IDILIO TRÁGICO

(Episodio de 1808)

I

En vano se hubiera querido buscar algo parecido á aquel idilio embrionario en un nido de tórtolas. Los dos desarrapados y astrosos chiquillos tenían más semejanza con los cachorros del tigre que no con los polluelos de cualquier avecilla de los campos.

Pero el rugido tiene sus ternuras como el arrullo, y aquellos dos seres que

una catástrofe cualquiera había dejado solos y abandonados á sí mismos en el abrupto rincón de la sierra en que se asienta Fombreñosa, se amaban con la rudeza de dos almas curtidas por los ásperos temporales de la miseria y el aislamiento.

Desde muy niños se habían acostumbrado á vivir el uno para el otro. Ni su completo abandono les había enseñado qué era una caricia, ni la atracción del sexo había salvado todavía aquella deficiencia de su educación.

En cambio la desgracia les había hecho maestros en el sacrificio, y sacrificarse es la última expresión del amor.

Tal vez en alguna ocasión una mano caritativa se había tendido hacia ellos para sacarlos de aquella vida agreste y llena de penalidades; pero en ellos había un sentimiento salvaje que se sobreponía á todo. Ser libres era para ellos la única forma de felicidad.

¿De dónde habían ido á parar allí? ¿Qué soplo de viento les había arrancado del indudablemente poco apartado hogar en que vieron la luz primera, juntándoles con un lazo al parecer indisoluble? Ni era fácil saberlo, ni nadie se había tomado el trabajo de averiguarlo.

La caridad, de que se habla mucho, se contenta con poco. Arrojar un mendrugo á los que tal vez se habían pasado largas horas sin comer, ya es algo.

II

Además de esto, Fombreñosa siempre fué pobre, y el instinto hacía ver á sus habitantes que se les venían encima días de penalidades y estrecheces sin cuento.

Con efecto, el francés acababa de apoderarse de no poca parte de nuestra península; los españoles, ora reuniendo mal organizados y no muy numerosos ejércitos, ya apelando á la defensa casi individual, se disponían á resistir, y una guerra larga y penosa había de hacer muy pronto la vida áspera y ruda.

Precisamente Fombreñosa, como situada en las cumbres de la sierra, no había de tardar en sentir los chispazos de la gran lucha.

Napoleón en persona, acompañado de lo más selecto de los mariscales del imperio, atravesaba el espacio que media de los Pirineos á Madrid, arrollando á su paso soldados que veían malogrado su heroísmo, unas veces por la impericia de sus jefes, otras por la carencia absoluta de medios de defensa.

La mayoría de las derrotas eran honrosísimas, pero derrotas al fin, y todo el patriotismo de que estaban animados no bastaba á contener el ímpetu de aquellos ejércitos que habían sojuzgado á media Europa.

El capitán del siglo había ya salido de Burgos, y nuestros deshechos ejércitos ya no pensaban en otra cosa que en ver de cortar el paso de Somonín, por el que no tardaría en aventurarse.

Con tal motivo, Fombreñosa, que no había visto, por lo menos en siglos enteros, un soldado, no tardó en hallarse ocupada militarmente por dos regimientos adictos á la causa nacional, mandados en su mayoría por oficiales que Dios sabe con cuántas penalidades y exposiciones habían conseguido desertar de las banderas del rey intruso.

En los dos vagabundos chicuelos aquella novedad no produjo sobresalto alguno. Ya que no la razón, el instinto les decía que nada tenían que perder. Los otros defendían sus casas, el suelo que les daba el pan recogido sabe Dios con cuántas fatigas, los siete palmos de tierra en que dormían el sueño de la muerte sus padres. Ellos no tenían nada de eso.

En vez de sobresalto, lo que sentían era una curiosidad en la que no había poco de regocijo. Aquellos hombres vistosamente engalanados, aunque no nadaban en la opulencia ni mucho menos, no estaban tan apretados que no tuvieran un pedazo de pan negro que dar. Mientras estuviesen allí, la nómada pareja tenía el porvenir asegurado.

Sin embargo, todavía faltaba á los chicuelos un espectáculo, menos provechoso, es cierto, pero mucho más vistoso y animado.

III

El ejército imperial estaba ya á cortas leguas de Fombreñosa, según se decía, empeñado en una batalla, en que, no recuerdo bien si era la división de Cuesta, hacía el último esfuerzo para cortar los hasta entonces indomables ímpetus del invasor.



Pero lo verdaderamente alarmante para la men- guada guarnición del mísero pueblo, era la noticia traída por nuestros confidentes, de que una descu- bierta francesa se dirigía hacia aquella parte á practicar un reconocimiento al cual era de todo punto indispensable oponerse.

Algo favorecía á los nuestros la posición que po- dían tomar; pero ésta se hacía ilusoria ante la fuerza numérica con que al decir de los espías contaba la descubierta francesa.

De todos modos, preciso era intentar el último es- fuerzo, y tras breve consejo de oficiales se acordó colocar nuestra exigua columna en los breñales que servían de débil y natural defensa al pueblo.

De los fombreñedenses, algunos, muy pocos, se decidieron á aumentar el débil contingente de nuestra fuerza; los más optaron por abandonar sus hogares, buscando más seguro refugio en las anfractuosi- dades de la sierra.

Los dos chicuelos fueron los que no titubearon. Aquel espectáculo completamente nuevo valía la pena de ser visto. En lo que pensaron sólo fué en buscar sitio desde el que no perdieran detalle del drama que iba á desarrollarse á sus ojos.

IV

El choque no se hizo esperar mucho tiempo. Las avanzadas de la descubierta enemiga, al salvar uno de los empinados cerros que teníamos enfrente, fué sa-

si presintiera algo de más serio y trascendental en todo aquello.

Hablar, no hablaba, porque el estrépito de la fusi- lería apagaba sus voces; pero con sus manecillas, que el viento helado de la sierra amorataba, señalaba re- cíprocamente los girones que en la nube de humo se abrían momentáneamente.

De pronto la niña lanzó un grito desgarrador, dió una sacudida nerviosa como si quisiera ponerse de un salto de pie, y cayó pesadamente de espaldas, sin que el gesto de dolor que contraía sus facciones con- siguiera borrar del todo la alegre sonrisa de su boca infantil.

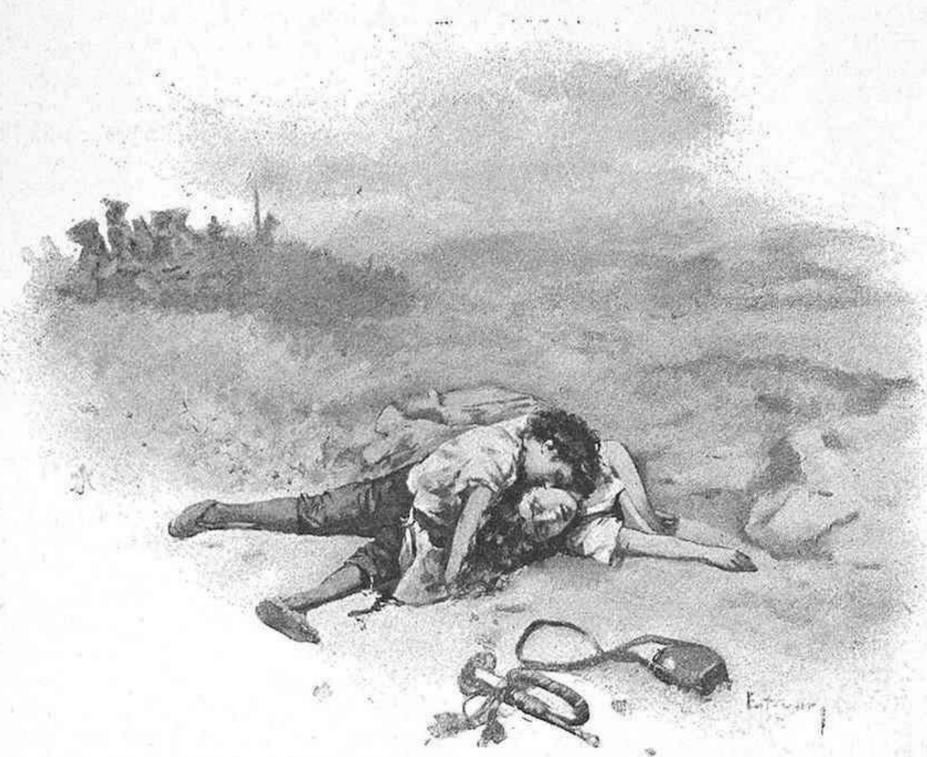
Una bala francesa la había atravesado el corazón.

El chicuelo, que en el primer momento tomó el grito por una carcajada, se inclinó luego hasta ella, pálido y desencajado; cogió con vigor febril entre sus manecillas aquella cabeza ya inerte, y comprendién- dolo todo en un segundo, volvió á depositarla cuida- dosamente sobre los ensangrentados pedruscos, gri- tando con desesperación:

— ¡Muerta! ¡Muerta!

En aquel momento, los nuestros, completamente deshechos, con el terrible «sálvese el que pueda» en los labios, pasaban por aquel sitio, perseguidos por los dragones, á quienes cegaba la victoria.

El chicuelo al verlos tomó su partido. Los otros eran los que habían dado muerte á la compañera de su vida, á la que hacía risueña su existencia; esos eran los que le robaban todo cuanto poseía; esos los



ludada por nuestros primeros disparos, y esto bastó para que la acción quedara empeñada.

La columna, mucho más numerosa que lo que sospechábamos, encontró una heroica resistencia en nuestros soldados; pero todo estaba en nuestra contra.

Hasta el escuadrón de dragones con que aquella contaba y que nosotros teníamos por embarazo para el enemigo, dado lo abrupto del terreno en que ha- bía de maniobrar, logró salvar uno de los flancos de nuestra posición y cayó sobre los dos ya mermados regimientos adictos á la nación, arrollándolo todo á su paso.

Después de sufrir numerosas bajas y de luchar co- mo verdaderos leones, no hubo más remedio que em- prender la retirada.

V

Entretanto los dos chicuelos, encaramados en uno de los peñascales que teníamos á la espalda, debían haber estado contemplando todo cuanto dejaba libre á sus ojos la espesa nube que envolvía á vencedores y vencidos, con una curiosidad que no turbaban ni el temor al peligro que desconocían, ni la impaciencia por que la victoria se pronunciara por uno ni por otro bando.

Sin embargo, hubo un momento en que las balas debían silbar sobre sus cabezas casi incesantemente. Nuestra retirada se iniciaba por aquella parte, y á cau- sa de esto hacia allí se dirigía sin descanso el fuego enemigo.

Pero todo lo que había hecho la chiquilla había sido taparse los oídos, sin que la sonrisa de satisfac- ción que entreabría sus labios la abandonara por un momento. El chicuelo en cambio fruncía el entrecejo y abría los párpados de un modo desmesurado, como

que no debían hollar con su planta aborrecida aquel cuerpecillo que tanto había amado, que tanto amaría siempre. De defender aquellos helados por el soplo de la muerte, era defenderlo todo. ¡Ya tenía patria!

— ¡Cobardes!, gritó con toda la fuerza de sus pul- mones á los fugitivos.

Y como si quisiera contenerlos con su ejemplo, completamente desarmado, sin otra defensa que sus manecillas, que se crispaban sin embargo con toda la ferocidad de las garras de una fiera, se lanzó á los jinetes franceses como si quisiera despedazarlos á todos.

Éstos no debieron verle siquiera; y sin embargo, un pesado sable, cayendo á plomo sobre aquella parte que la fiebre del dolor abrasaba, la hendió de un modo espantoso.

El chicuelo todo lo que logró fué dar dos pasos para seguir protegiendo con su cuerpo el cadáver de la niña. Al desplomarse sobre él ya sin vida, sus la- bios rígidos y contraídos se juntaron á los de la muerta.

Era el primer beso de aquel idilio que ya tenía por campo la eternidad.

ANGEL R. CHAVES

EL OFICIAL QUINTO

HISTORIETA CONTEMPORÁNEA

I

Aunque era el empleado de menos categoría del negociado, todos le llamaban *don Nicolás*; incluso su jefe, el alibarado, distinguido y cargantísimo velo- cipedita Juanito Rodríguez, sobrino carnal de S. E.

el ministro del ramo; y la verdad sea dicha, es lo cierto que D. Nicolás Sánchez, con su larga barba, casi blanca, su raído levitón de color de canela y su espeluznada chistera, era digno de la respetuosa con- sideración que inspiraba en la oficina, no sólo por su aspecto de apóstol y la dulzura de su carácter, sino por sus treinta años de servicios y sus múltiples ce- santías, sin contar el profundo conocimiento que te- nía de los asuntos que radicaban en aquel departa- mento ministerial y el celo constante con que se de- dicaba al cumplimiento de sus deberes.

Y eso que el pobre Sánchez tenía bien poco que agradecer á los diversos personajes que habían des- empeñado sucesivamente el cargo de ministros, pues á excepción de uno, que por error, sin duda, le as- cendió de auxiliar á oficial quinto, los demás sólo se habían acordado de su modesta personalidad para dejarle cesante, reponiéndole al cabo de algunos meses, cuando el general Rodríguez, á cuyas órdenes había servido como sargento durante la campaña de Africa, se tomaba la molestia de pasar por el minis- terio á pedir la reposición de aquel desdichado.

Por esta causa la adhesión de D. Nicolás á su jefe, hijo de su protector, no tenía límite, y el buen viejo se desvivía por suplirle y disculparle en las prolonga- das ausencias, despachando los expedientes que aquel debiera estudiar, á fin de que no tuviese más trabajo que poner su garrapata firma al pie de los informes escritos con elegante letra de tipo Iturzaeta.

Cierta tarde encontrábase D. Nicolás sumamente atareado poniendo en limpio varias comunicaciones, cuando se abrió la mampara de la habitación, dando paso á Juanito, que tendiendo la vista en derredor, dijo mientras se quitaba los guantes:

— Felices, D. Nicolás. ¡Qué solito está usted!

— Qué le hemos de hacer. Ramírez se ha ido á las carreras y el manchego ha salido no sé á qué, y como no han hecho nada, más que tomar café en el rato que han estado aquí, estoy *complimentando* la firma de ayer.

— Sí; á usted siempre le toca bailar con la más fea.

— No hay remedio, D. Juanito.

— ¡Bah! Yo no lo haría, replicó el joven, tomando asiento en el cómodo sillón de su mesa. Ya sabe usted mi teoría de que la mayor parte de los expedien- tes se despachan ellos mismos, únicamente con dar- les el tiempo necesario de reposo en cualquiera de esos armarios.

Y una alegre carcajada sirvió de epílogo á aquel ingenioso aforismo administrativo. Luego Juanito en- cendió un puro, sacó del bolsillo una elegante Cartera y de ella un plieguecito de papel perfumado que aspiró con delicia, antes de leer los tres ó cuatro renglones que contenía, hecho lo cual volvió á guardar- le, y dirigiéndose á su auxiliar, engolfado de nuevo en su tarea, le preguntó:

— Amigo D. Nicolás, ¿usted sabe por dónde anda el expediente de los Sres. Isaac Moisés y C.^ª, de Granada.

— Sí, señor.

— Pues tráigamelo usted.

— Allá voy.

Y D. Nicolás, abriendo una taquilla colocada de- trás de él, sacó un legajito de papeles atado con bal- duque rojo, que puso en manos de su jefe diciendo:

— ¡Esto es un mochuelo que ya ya! Se han hecho infinidad de desatinos, y le aconsejo á usted que no se meta en honduras, sin tentarse la ropa.

— No pienso hacer tal cosa, replicó el petulante joven, retorciéndose las guías de los bigotes, pero me han hablado de este asunto y quiero enterarme.

D. Nicolás hizo un gesto de asombro ante aquella curiosidad inusitada de su superior.

— Así es, prosiguió Juanito, que me lo llevo á casa para verlo esta noche, pues ahoro que iral casino.

— Cuidado con extravarlo. Es un expediente re- servado. Va ahí el voto secreto del Consejo y otros papeles de interés, y sería un percance el que...

— No tenga usted temor, hombre, que le tiene usted un cariño á los papelotes, que parecen hijos suyos, replicó el jefe del negociado, metiendo el legajito en uno de los bolsillos de su magnífico abrigo.

— A mí, ya comprende usted...

— Bueno; me voy: si me llama el Sr. Director, que no me llamará, le dice usted que me he puesto en- fermo. Hasta mañana, amigo D. Nicolás.

— Vaya usted con Dios y que usted se divierta, replicó el viejo empuñando de nuevo la pluma, mien- tras murmuraba con aire pensativo: Dios quiera que este chico no haga alguna de las suyas. ¡Qué cabeza más ligera!

II

Una semana después hallábase el bueno de D. Ni- colás en la pieza de su modesto sotalanco de la ca- lle del Pez, que hacía los oficios de comedor, sala y

despacho, sentado ante la camilla, leyendo tranquilamente el *Año Cristiano* al amor de la lumbre, mientras su mujer la anciana Teresa remendaba unas prendas de ropa blanca.

De pronto un fuerte campanillazo vino á interrumpir la lectura, y los esposos se miraron asombrados.

— ¿Quién podrá ser á las diez de la noche?, dijo D. Nicolás.

— Puede que sea Carmen, la del tercero.

Otro campanillazo más fuerte que el anterior cortó los comentarios, y el empleado salió al pasillo diciendo:

— ¡Allá va! Hombre, vaya unas prisas.

Abierta la puerta, vivo asombro pintóse en la fisonomía de D. Nicolás al divisar á su jefe, que sin más preámbulo penetró hasta la sala, descubriéndose al ver á Teresa, á quien saludó con una familiaridad que denotaba antiguo conocimiento.

— ¡Pero D. Juanito, usted por estas alturas!, dijo la anciana, mientras su marido acercó una silla que el joven ocupó diciendo con angustiado acento:

— ¡D. Nicolás, doña Teresa, estoy perdido!

— ¡Cómo es eso!, exclamaron á un tiempo los esposos con admiración.

— El maldito expediente de Isaac Moisés y Compañía... Ustedes, como no leen periódicos ni nada, no se han enterado del escándalo que ha tenido lugar en el Congreso.

— ¿Pues qué ha sucedido?

— Nada; una friolera. Figúrese usted que García Machaca, ese diputado de oposición que es el ente más cargante que he conocido, ha explanado una interpelación á nuestro ministro sobre el asunto de Isaac y le ha dado una carrera en pelo, apoyándose, ¿en qué dirá usted?

— No sé.

— Pues en el voto reservado del Consejo, que ha leído íntegro. Mi tío le ha contestado muy bien, echando el mochuelo á su antecesor, pero diciendo que el conocimiento de ese voto, de carácter secreto, demostraba que había empleados que habían faltado á su obligación, revelando lo que no debieran, á lo cual pondría el oportuno correctivo.

— ¿Pero nosotros qué tenemos que ver con eso?, dijo D. Nicolás con cierta inquietud.

— ¡Pues no hemos de tener! ¡Como que ese expediente es el que yo me llevé de la oficina!

— Pero le devolvió usted á los dos días, y no le faltaba nada, porque yo lo revisé por si acaso.

— Pero durante esos dos días los malditos papeluchos han estado en casa de Monina..., una señora muy elegante y muy... alegre, que me dijo que me agradecería mucho que le hiciese este favor para que se enterase una prima suya que tenía interés en el asunto; y ha resultado que el primo he sido yo, y que García Machaca, abogado de Isaac Moisés, es carne y uña de Monina y han copiado lo que les ha dado la gana y me han partido por el eje, porque yo conozco el carácter de mi tío, y mañana ya verá usted la que se arma cuando averigüe que el expediente ha salido del negociado.

Nada contestó D. Nicolás, aterrado ante aquella catástrofe que veía venir y en la que presentía que había de tocarle parte no pequeña, á pesar de ser completamente inocente.

Juanito prosiguió:

— Yo por el pronto he ido á ver á Monina, que se ha echado á reír ante mi apuro. La he puesto como un trapo...

— ¿Y qué?

— Pues nada, tan fresca. Entonces me he ido á la Peña á buscar dos amigos que vayan á pedir á García Machaca una reparación en el terreno de las armas.

— Todo eso, exclamó D. Nicolás, fuera de sí ante tanto disparate, es música celestial, y si á su tío le da por sentarle la mano, le va á usted á costar la torta un pan.

— Eso es evidente. Ahora bien, D. Nicolás de mi alma, usted puede salvarme.

— ¿Yo? ¿Cómo?, exclamó el viejo.

— Muy sencillamente. Diciéndole al ministro que usted ignoraba el carácter reservado del expediente, y que por eso dejó tomar nota á un individuo que fué á enterarse como tantos otros.

— ¡Vaya unas notas!, murmuró el pobre oficial, cuatro pliegos y pico que tiene el voto reservado solo.

Reinó un silencio de algunos instantes; mientras los esposos se miraron angustiados, interrogándose con la vista. Juanito al advertir aquella mímica tuvo como un estremecimiento de frío al pensar que lo que proponía á aquel infeliz subalterno era su ruina y la de su pobre consorte; pero el egoísmo se sobrepuso á sus generosos sentimientos, y dijo:

— Vamos, algo hay que hacer por mí, siquiera por lo mucho que mi padre ha hecho por ustedes. Todo

lo más que le puede resultar á D. Nicolás será una suspensión de empleo y sueldo por quince días, y yo le daré el doble de lo que pierda.

— No, Juanito, repuso el anciano: lo que resultará será mi cesantía. ¡La miseria para estos dos pobres viejos!

— ¡Ca, hombre, no será tanto! En todo caso, yo le colocaré á usted en otra parte, no le dé á usted cuidado.

— Eso es fácil de decir, replicó Teresa; pero luego... se olvida, y harto sabemos lo que es no tener pan... Usted sería el primero en cansarse...

— Ya comprenden ustedes que cuando les propongo esto es cuestión para mí de mucho interés y haré todos los sacrificios... Figúrense ustedes una carrera tan bonita como la mía, ¡jefe de negociado de segunda clase á los veintisiete años!.. Y que tío me arma un expediente que me inhabilita para siempre... ¿Qué hago yo entonces? Vamos, Teresa, usted que me ha tenido en brazos cuando chiquitín; D. Nicolás, usted que á mi padre le decía tantas veces que estaba dispuesto á matarse por él, y cuando murió se portó usted tan bien..., ¿no harán ustedes nada por mí en esta ocasión? Si no acceden á mis súplicas, no me queda más remedio que saltarme la tapa de los sesos, y lo hago esta misma noche.

Aterrada por esta amenaza, Teresa se levantó de su asiento, y acercándose á su marido le puso una mano sobre el hombro y le dijo con voz trémula y los ojos empapados en lágrimas:

— Nicolás, si viviera el general y te pidiera ese favor, ¿lo harías?

— ¡Quién lo duda!

— Pues lo pide su hijo y hay que hacerlo.

— Tienes razón, Teresa; ha llegado el momento de sacrificarnos por nuestros protectores. Juanito, vaya usted al ministerio y diga usted á su tío lo que guste, seguro de que Nicolás Sánchez no le ha de desmentir. Por la memoria de su buen padre estoy dispuesto á todo. Sólo le ruego por esta pobre mujer, ya que no por mí, que no nos abandone luego en la desgracia...

III

— D. Nicolás, dijo un ordenanza entreabriendo la mampara del salón, que vaya usted inmediatamente al despacho del señor ministro.

Los dos colegas del oficial quinto, que por rara casualidad ocupaban sus respectivos sillones, se miraron asombrados, mientras D. Nicolás, abrochándose el vetusto gabán de color de canela, salía al pasillo, marchando con seguro paso y sereno continente en seguimiento del ordenanza, que le llevó á presencia del consejero de la corona.

Era éste hombre de edad madura, gaditano de los más finos, de mirada viva y perspicaz y presumiendo aún de buen mozo.

— ¿Es usted D. Nicolás Sánchez?, preguntó al ver entrar al empleado, que se cuadró ante la mesa en respetuosa actitud.

— Para servir á V. E.

— ¿Está usted en el negociado de este caballero?, dijo el ministro señalando á Juanito, sentado en un diván á pocos pasos de distancia.

— Sí, señor.

— ¿Y quién ha autorizado á usted para facilitar copia de los expedientes reservados al primer *quidam* que se presente?

Una oleada de rubor y de vergüenza enrojeció el rostro venerable de D. Nicolás, que involuntariamente se volvió hacia el autor de la falta que se le imputaba; pero haciendo un visible esfuerzo balbuceó:

— Señor ministro, crea V. E. que... yo no sabía... Si hubiera presumido...

— Déjese usted de excusas; su jefe me lo ha referido todo, y estoy dispuesto á hacer un severo escarmiento con los funcionarios que comprometan imprudentemente los secretos del Estado.

La cara del oficial quinto, tan severamente amonestado, daba lástima por la angustia que expresaba, hasta el punto que las lágrimas asomaban á sus ojos.

El ministro clavó su mirada en el pobre empleado y luego en su sobrino, que abochornado y confuso contemplaba la punta de sus elegantes botas de charol, no sabiendo qué actitud adoptar.

— ¡Conque es decir que confiesa usted su falta! ¿Y no sabe usted que lo que ha hecho es un delito penado que le puede costar muy caro?

— Señor ministro, no me interrogue V. E. más, porque no sabría contestar. Haga V. E. lo que guste de este infeliz que en treinta años de servicios no ha dado lugar á una reprensión.

Y de sus ojos se desprendieron dos gruesos lagrimones que corrieron por su gabán de color de canela.

— Acabemos, dijo entonces el personaje poniendo-

se de pie. En vista de la confesión de usted que confirma lo que ya sabía, he resuelto dejar á usted cesante y ascender á mi sobrino.

— Pero tío, dijo aquél levantándose y acercándose á la mesa, mientras D. Nicolás suspiraba afanosamente, si no estoy en condiciones...

— Mi compañero el ministro de Ultramar me remitirá esta tarde una credencial con tu ascenso para Manila. ¿No te gusta, eh? Pues mira, aquello te probará mucho. En cuanto á usted, Sr. Sánchez, ya comprenderá que para tomar posesión del destino de oficial cuarto es preciso que cese en el de oficial quinto. Siento muchísimo que la ley de presupuestos no me permita ascender á usted á la vacante de este trasto, que no ha vacilado en sacrificar, para encubrir sus majaderías, al mejor empleado de la sección. En el libro del personal figurará usted como recomendado mío y ya está usted seguro.

— Señor, exclamó D. Nicolás en el colmo del asombro, no sé lo que me pasa ni cómo dar las gracias á V. E. que...

— Bueno, bueno; vuelva usted inmediatamente á su negociado á esperar la credencial. Adiós, adiós.

Y el ministro empujó al anciano cariñosamente, haciéndole abandonar el despacho, tras de lo cual encaróse con su sobrino y le dijo en tono entre severo y guasón:

— Me has querido dar gato por liebre, pero soy más listo que tú y no comulgo con ruedas de molino.

— Pero, tío, no comprendo quién ha podido decir á usted...

— ¡Monina, hombre, Monina!

— ¡Luego la conoce usted también!

— Más que tú, hombre. ¿Comprendes ahora lo majadero que eres y la necesidad de que te vayas en el primer correo que salga á pasar una buena temporada en las islas Filipinas?..

A. DANVILA JALDERO

«FALSTAFF» DE VERDI

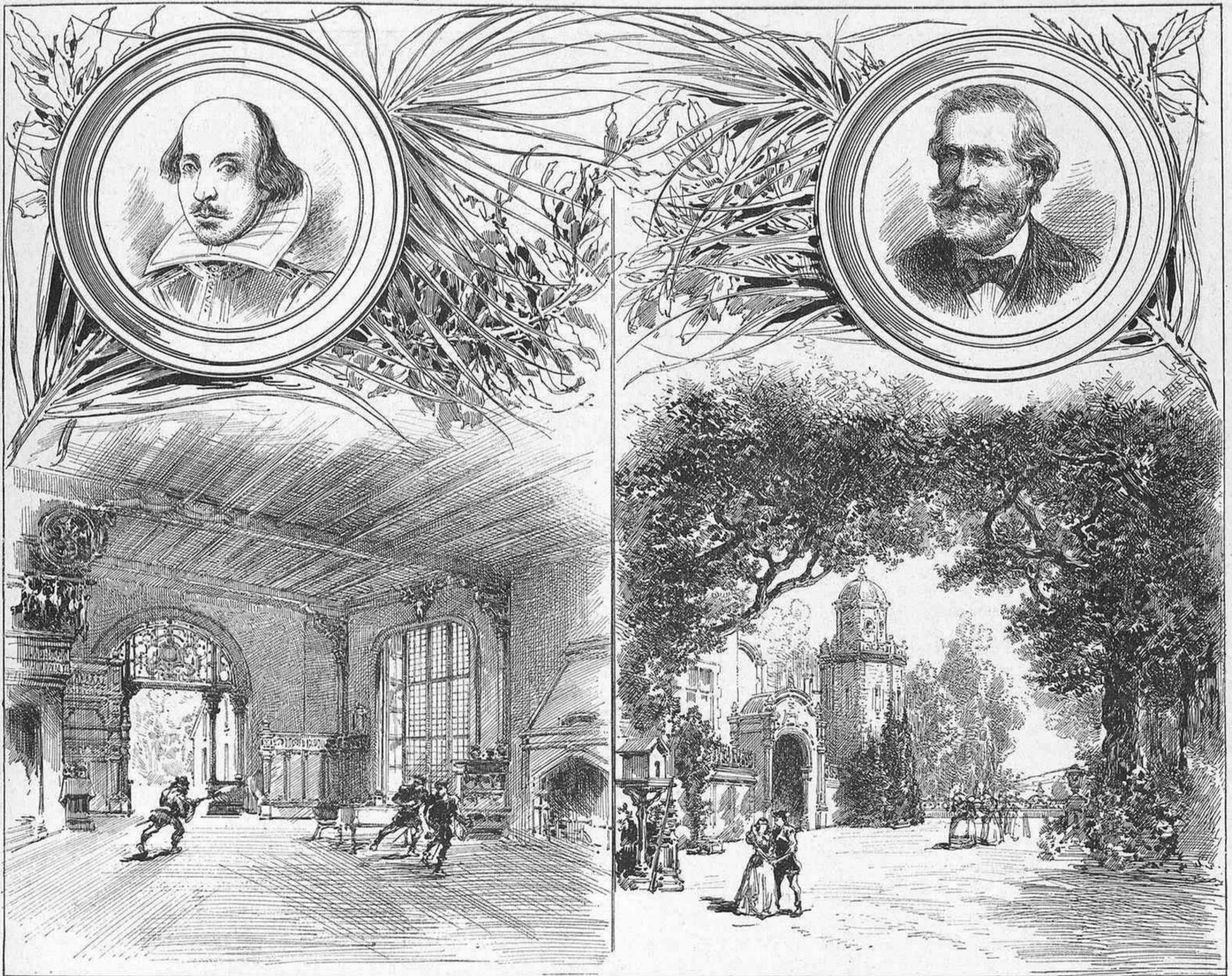
EN EL LICEO DE BARCELONA

Cuando hace tres años se estrenó en la Scala de Milán esta ópera de Verdi, nos ocupamos extensamente de ella y dimos acerca del libreto, de la partitura, de los autores y de los intérpretes todos los detalles que podían interesar á nuestros lectores y que por lo mismo no hemos de repetir.

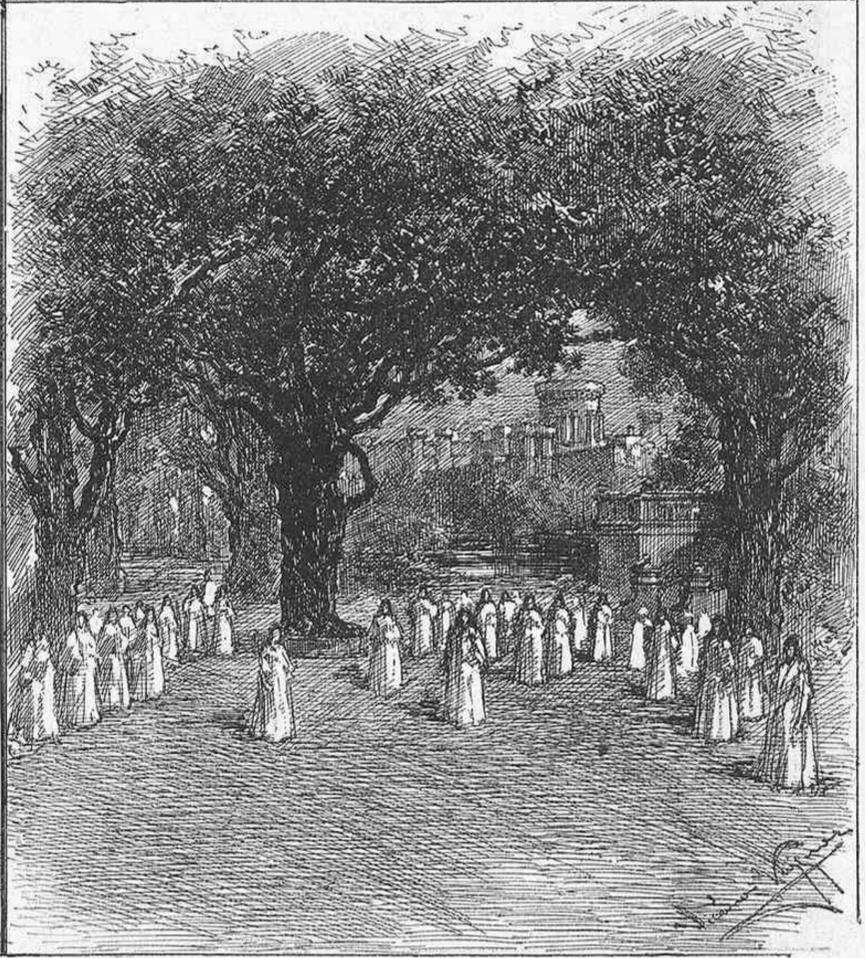
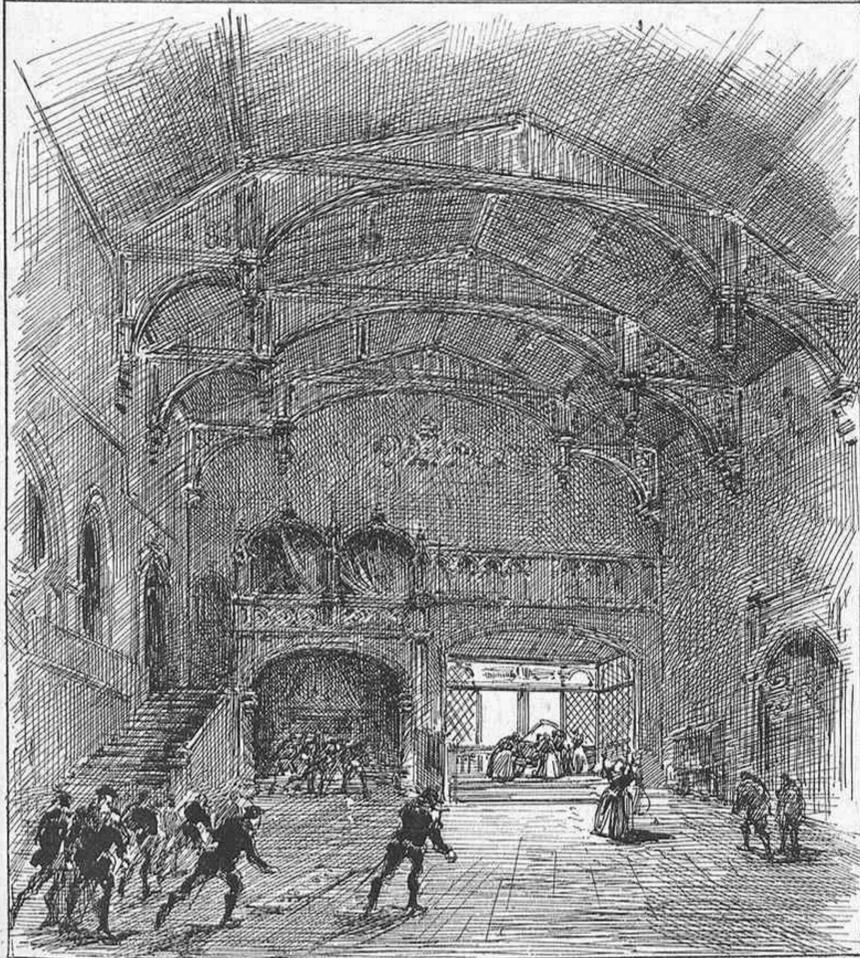
Desde entonces *Falstaff* ha recorrido los principales teatros de Europa, siendo acogida en unos con entusiasmo y en todos con agrado cuando menos. En Barcelona, en donde acaba de estrenarse, el éxito no ha sido tal como muchos esperaban, pudiendo decirse que ha tenido lo que nuestros vecinos llaman un *succès d'estime*. ¿Se impondrá algún día á nuestro público como se han impuesto otras obras que al principio fueron recibidas con frialdad? Difícil es contestar á esta pregunta; pero en nuestro sentir, la obra acabará por figurar en el repertorio de nuestro Liceo y se oirá con gusto, porque, aparte de las bellezas que todo el mundo ha podido apreciar desde luego, hay en su partitura multitud de primores y delicadezas de instrumentación que de momento han podido pasar inadvertidas, y que á medida que se oiga la ópera se estimarán en su justo valor, que no es poco.

Pero hoy por hoy al público de Barcelona no le ha entrado sino á medias la última producción del gran maestro, sin que por esto deje nadie de reconocer el inmenso y meritorio esfuerzo que significa en el compositor el haber abordado un género tan distinto del suyo propio, y el haber estudiado y aceptado los modernos procedimientos á una edad en que la mayoría de los que al cultivo del arte se dedican, cuando no dejan en absoluto de producir, abominan de las innovaciones y retroceden, por prejuicio de escuela ó por impotencia, ante todo estudio de algo nuevo.

Este éxito poco entusiasta que ha obtenido la obra que nos ocupa no puede en modo alguno atribuirse á deficiencias de ejecución ó de *mise en scène*. Pocas veces se ha visto en el Liceo un conjunto como el que en *Falstaff* se admira. Nuestro paisano el barítono Blanchart ha hecho una creación del grotesco personaje ideado por Shakespeare, interpretándolo como artista y como cantante de una manera admirable, cual no pudieran imaginarlo mejor el poeta inglés y el compositor italiano. La Tétrazzini, encantadora en su papel de Alicia; la Fabri, Armandi, Moretti, el maestro Campanini, todos cuantos en la ópera tienen un papel más ó menos importante, todos se han portado como buenos. Y en punto á decoraciones, con decir que de las cuatro estrenadas tres son de Soler y Roviroza y una de Vilumara, queda hecho su mejor elogio: del efecto que producen podrán formarse idea nuestros lectores por los dibujos que en la página siguiente reproducimos. — X.



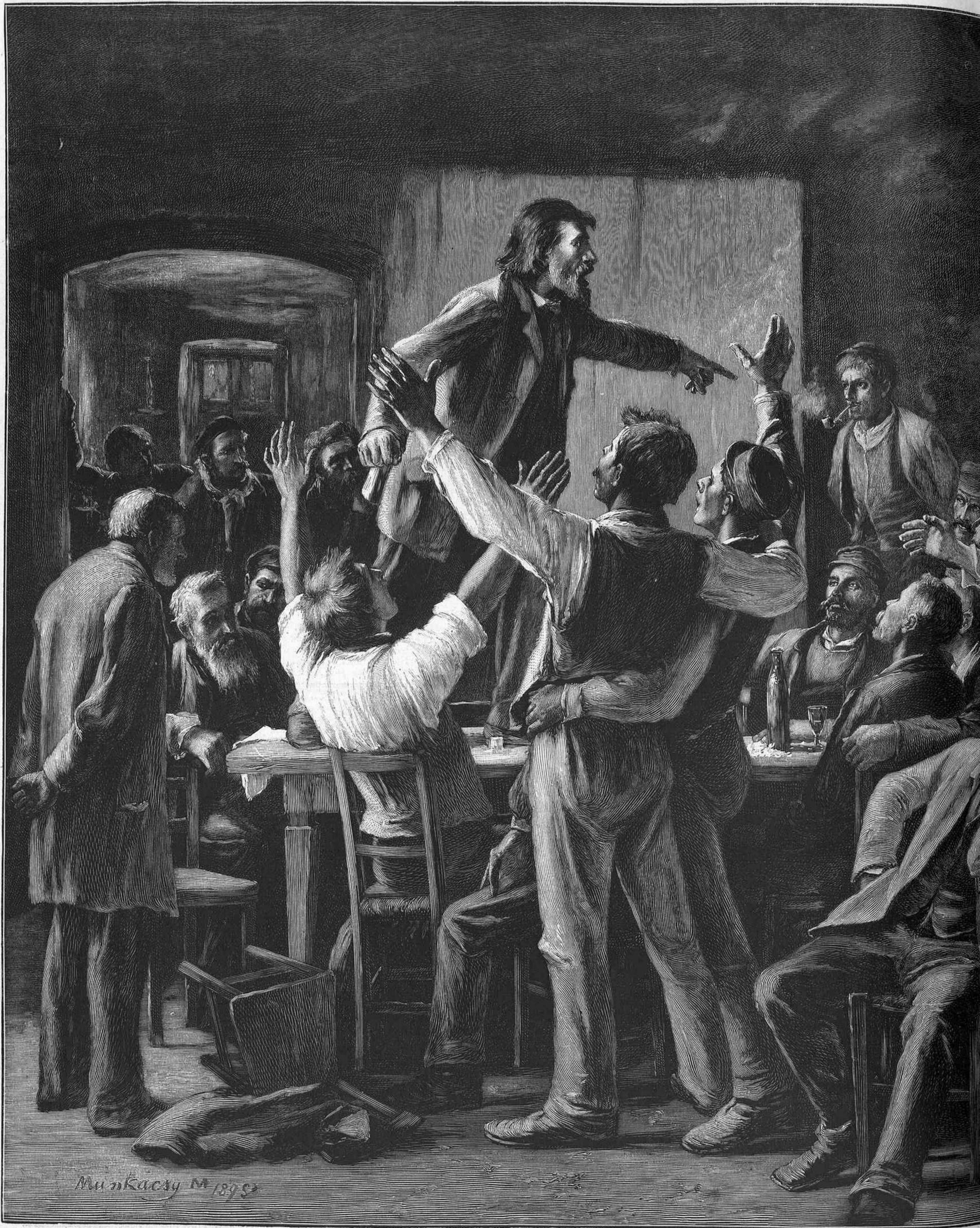
FALSTAFF



«FALSTAFF» EN EL LICEO DE BARCELONA

RETRATOS DE SHAKESPEARE Y DE VERDI. - INTERIOR DE LA HOSTERÍA DE LA JARRETIÈRE. - JARDÍN DE LA CASA DE FORD. - INTERIOR DE LA CASA DE FORD, EL PARQUE DE WINDSOR. - DECORACIONES PINTADAS LA 1.^a, 2.^a Y 4.^a POR EL SR. SOLER Y ROVIROSA Y LA 3.^a POR EL SR. VILUMARA

(Dibujo y composición de Nicanor Vázquez).



PREPARATIVOS F
COPIA DEL CÉLEBRE CUADRO DE



ARA UNA HUELGA,
L PINTOR HÚNGARO M. MUNKACSY

NUESTROS GRABADOS

Dos de Mayo de 1808, alegoría por Enrique Estevan.—El mejor comentario de esta bellísima composición es el hermoso trabajo de la señora Pardo Bazán que en este mismo número publicamos: uno y otro están inspirados en aquella memorable fecha, y en uno y otro palpita el entusiasmo patriótico que en nosotros despierta y aviva el recuerdo de esa gloriosa página de nuestra historia. Estevan la ha sintetizado en uno de los más característicos episodios de aquel luctuoso día, y ha encarnado en el grupo formado en el centro por el chispero y la maja mortalmente herida que en sus brazos sostiene, el heroísmo de aquel pueblo que se lanzó a la desigual lucha, casi sin más arma que el sublime amor a la independencia de la patria. En las figuras de su dibujo alientan el odio al invasor y el tenaz empeño de combatir hasta el último trance; todas están trazadas con el vigor que el asunto requiere, y forman un conjunto de gran interés trágico, en el que se admiran tanto el alma grande del patriota como la mano habilísima del artista.

M. Tricoupis.—A la edad de sesenta y cuatro años ha muerto hace pocos días en Cannes este ilustre político, á quien con razón se llamó el Gladstone griego. Nació en Nauplia, y después de haber estudiado en París entró, muy joven todavía, en la carrera diplomática; en 1866 fué nombrado ministro de Negocios Extranjeros, cartera que conservó en los muchos gabinetes por él presididos. Las dificultades financieras con que tropezó la Hacienda helénica el año pasado, fueron un golpe de muerte para su carrera política. Era un trabajador infatigable que llegaba muy á menudo á trabajar de diez y seis á veinte horas diarias, y su existencia modesta era objeto de general admiración en Atenas. Su muerte constituye una gran pérdida para su patria; Grecia entera llora hoy al gran hombre de Estado, y á pesar de los deseos expresamente por éste manifestados, sus funerales serán costeados por la nación.



El eminente hombre de Estado griego M. TRICOUPIS, recientemente fallecido en Cannes

Preparativos para una huelga, cuadro de M. Munkacsy.—La lucha entre el capital y el trabajo constituye uno de los grandes problemas modernos, quizás el que mayor trascendencia y gravedad entraña: no es, pues, de extrañar que el arte se haya apoderado de este asunto y lo trate en sus variadas manifestaciones. Munkacsy, el eminente pintor húngaro, no podía sustraerse á esta influencia, y ha pintado sobre ese tema uno de esos maravillosos lienzos con que de cuando en cuando nos asombra el autor de *Cristo ante Pilatos*. Su cuadro es un estudio sociológico completo: en él se ven los dos elementos que componen la clase obrera; el exaltado, el que quiere llevar adelante sus reivindicaciones, caiga quien caiga y cueste lo que cueste, y el sensato que, sintiendo los mismos anhelos de emancipación, teme perder lo que tiene y encontrarse sin el jornal que le permite dar un pedazo de pan á sus hijos. De una parte, vense en la pintura algunos obreros que con sus ademanes y vociferaciones hacen coro al orador que les excita á resistir á todo trance; de otra, unos cuantos en actitud reservada é indecisa, meditando las consecuencias que para ellos y para sus familias puede tener la huelga. El efecto dramático de la situación es sorprendente, se apodera con fuerza irresistible de nuestro ánimo, y contribuye á aumentarlo el detalle de la mujer que con el niño en brazos trata de sacar á su marido de aquella reunión, tras de la cual entrevé la infeliz madre la miseria, el hambre en su hogar. En cuanto al efecto pictórico de esta grandiosa composición, no cabe decir sino que se impone: Munkacsy ha derramado en el lienzo tantas bellezas de ejecución que, fascinado por ellas el espectador, no tiene más remedio que entregarse á discreción ante la potencia de su maravilloso genio.

El pintor alemán Luis Munthe.—El día 30 de marzo último falleció el célebre pintor alemán Luis Munthe, uno de los más originales y eminentes pintores de Dusseldorf. Nació en Aaroen, junto á Bergen (Noruega), y aprendió en su patria las primeras nociones del arte con Schiertz y á los 19 años trasladóse á Dusseldorf, donde prosiguió sus estudios bajo la dirección de Flamm. Pero sus verdaderos maestros fueron la naturaleza y las obras clásicas, que estudió en sus frecuentes viajes á Holanda, Francia, Escandinavia é Italia. Munthe ha sido un artista con personalidad propia y sus paisajes figurarán en alto lugar en la historia de la pintura alemana contemporánea. Su cuadro *Mañana de invierno*, que publicamos en el número 745 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, fué premiado con la gran medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1878: en otros muchos certámenes consiguió Munthe análogas distinciones. Era caballero de la Legión de Honor y de la orden belga de Leopoldo y miembro de las Academias de Stockolmo y Copenhague. Hacía años que padecía de una diabetes; pero esta enfermedad no le impidió producir un número verdaderamente asombroso de cuadros de gran valía y trabajar hasta los últimos días de su vida, habiendo terminado tres semanas antes de morir un lienzo de grandes dimensiones que representa un paisaje de bosque y que figurará en la próxima Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín.

Teatro conmemorativo de Shakespeare.—Los ingleses profesan verdadero culto á la memoria del inmortal poeta, y todos los años, en la fecha del aniversario del nacimiento de éste (23 de abril de 1564), celebran grandes fiestas en su ciudad natal, Stratford del Avón. No hace mucho se ha inaugurado el teatro conmemorativo, en donde se habrán representado, durante estos últimos días del presente mes, las siguientes obras de Shakespeare: *Twelfth Night, Julius Caesar, Macbeth, Richard II, Taming of the Shrew y Hamlet*. De la representación está encargada la compañía á cuyo frente figuran los esposos Besson, que es una de las mejores de Inglaterra y sin disputa la primera en la especialidad del repertorio shakespeariano, así por el número de obras que lo compone, nada menos que diez y ocho, como por la manera magistral como las interpreta y por la propiedad y lujo con que las pone en escena.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS DE BARCELONA

Por tercera vez, en plazos fijos y regulares, celebra Barcelona un certamen internacional, consagrado á las manifestaciones artísticas y las producciones de la industria que del arte reciben sus principalísimos elementos; por tercera vez el municipio de Barcelona ha convocado á los artistas y artífices de todos los países para tomar parte en este noble palenque, felizmente adoptado por los pueblos modernos, animado del patriótico deseo de contribuir por tal medio al fomento del arte patrio. Creciente ha sido el éxito que ha cabido al esfuerzo del municipio barcelonés, puesto que todos los concursos que han tenido lugar hanse distinguido por su progresiva importancia y por la mayor suma de elementos que han concurrido á engrandecer la obra emprendida.

A los anteriores supera el actual certamen: tal es el número considerable de obras que se han aportado, y tal la valía de algunas de ellas y la justa fama de que gozan sus autores. Este resultado, á falta de otras pruebas, atestiguaría las ventajas y beneficios que han reportado todas y cada una de las exposiciones bienales, con feliz acuerdo instituidas por el municipio de la condal ciudad. Todas han ofrecido un aspecto ó fase especial; mas en la que acaba de inaugurarse obsérvase mayor firmeza, determinanse ya derroteros fijos, y los artistas españoles, sin dudas ni vacilaciones, emprenden con seguro paso la jornada que ha de conducirles á la meta por todos deseada. Aun aquellos que más se distinguieran antes por su imitativo servilismo, velan un tanto la exótica gama de su paleta, comprendiendo, á tiempo, que la extravagancia no puede aceptarse jamás como manifestación de genialidad. ¡Bien hayan, pues, los iniciadores de estos certámenes que tales ventajas producen, y bien hayan también los artistas que tan elevados ideales sustentan!

Al recorrer los salones destinados á las producciones pictóricas, llama desde luego la atención y sorprende al inteligente la armonía del conjunto, que no se interrumpe por notas que puedan producir desagradable sensación. La única diferencia que se establece la determinan aquellas producciones, que más felizmente inspiradas ó ejecutadas con mayor maestría, revelan el aliento y la habilidad del pintor que las ha producido. Tal acontece con el fervoroso *Adoremus*, de Mas y Fontdevila; con el magistral lienzo de Graner, que de modo admirable reproduce una de las vías públicas de nuestra ciudad, obteniendo un efecto de noche tan sugestivo que casi iguala á la realidad; el hermoso paisaje de Meifren; la delicada y poética cabecita de Brull; los melancólicos paisajes de Urgell, inspirados por igual sentimiento, pero siempre bellos, sentidos y dignos de su buen nombre; las escenas rurales de Llimona y Barrau, y otros más que han de merecer asimismo especial mención y á los que dedicaremos el estudio á que son acreedores.

Comprendidos en distinta agrupación, por responder á otras corrientes y sujetarse sus autores á diversos cánones artísticos, figuran el gran lienzo de Francisco Masiera, los bonitos cuadros de José y Luis Jiménez Aranda; los jugosos paisajes de García Rodríguez; la jira de Echeda; las notabilísimas acuarelas de Tapiró, representando tipos marroquíes, distintivos por su vigor y riqueza de colorido; los retratos y estudios de Villegas; el paisaje de Galofre, que resulta uno de sus mejores lienzos; el interior rústico de Guinea; los estudios de Barbasán, Díaz, Lorenzale; los cuadros de Garnelo; el grandioso *Flevit super illam*, de Simonet; las Navas de Tolosa, de Santamaría, etcétera, etc.

En la sección extranjera, menos numerosa que en las anteriores exposiciones, descuellan como obras capitalísimas la *Madona del bávaro* Hugo König, las *Flores caídas* del italiano Oca Bianca, y el hermosísimo lienzo de su paisano Ettore Tito, que representa un drama íntimo y real; las marinas del holandés Mesdag, y el gran lienzo de asunto militar del francés Rubaud.

Copioso es el grupo formado por la escultura. En él destacan, en primer término, la gran estatua de Baucher, *A la tierra*, que justamente preside el salón; el notabilísimo desnudo de Barrau; el D. Juan II, de Atché; la Juvenilia, de Reynés; la Edad de Piedra, de Campeny; la figura alegórica de Arnau, que tienen como dignas compañeras un considerable número de producciones escultóricas. Limitado es el número de proyectos arquitectónicos; pero aun así, los estimamos interesantes, completando la exposición la nutrida agrupación de las industrias artísticas, la sección de arte decorativo, la escenografía y la de reproducciones.

A modo de anticipo y para conocimiento de nuestros lectores escribimos estas líneas, ajenos hoy á exponer concretas y personales apreciaciones, puesto que no es tal nuestro propósito y á ello se opondría la limitación del espacio de que podemos disponer. Acéptense, pues, cual meras notas de visitante que deseoso de dar á conocer sus primeras impresiones, no titubea en transcribirlas, aprovechando la ocasión que se le ofrece para aplaudir al Ayuntamiento de Barcelona por sus iniciativas y á la ciudad que tales esfuerzos dedica á la mayor cultura y al fomento del arte y de las industrias patrias.

A. GARCÍA LLANSÓ

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—LONDRES.—El doctor Jarvis Asch ha legado á la Galería Nacional una importante obra de Spinello Aretino: es un cuadro sobre fondo de oro que representa la Crucifixión. En el centro está Cristo entre los dos ladrones, al pie

de la cruz las Santas Mujeres y San Juan y en último término los soldados.

—El Parlamento inglés ha aprobado una ley, en virtud de la cual podrán visitarse en los domingos los museos ingleses que hasta ahora permanecían cerrados durante aquellos días en cumplimiento del precepto del descanso dominical con tanto rigorismo observado en Inglaterra. El primer domingo en que empezó á regir la nueva ley visitaron el Museo de South Kensington 7.168 personas y 3.026 el museo Bethnal Green, en su mayoría pertenecientes á las clases trabajadoras.

—La exposición de primavera celebrada por la Real Sociedad de Artistas ingleses ha resultado menos interesante de lo



LUIS MUNTHE, célebre pintor alemán fallecido el 30 de marzo último

que se esperaba por la ausencia de algunos de los socios jóvenes más importantes y por la insignificancia de las obras enviadas por otros asociados. Llamamos, sin embargo, la atención los cuadros al óleo de Fuller, *Después de la lluvia*; Sherwood Hunter, *El mar de Galilea y A orillas del mar Muerto*; Julio Olsson, *San Ibo*; Noble Barlow, *Media noche*; Adam E. Proctor, *Primavera y Un rincón del mercado de flores*; W. Ayers, Ingram, *Tempestad en el mar*; G. C. Haité, *Efecto de luna y Pescadores de red*; Watts, *Retrato*; Hugh Bowen, *Cabeza de niño*, y las acuarelas de Wike Bayliss, presidente de la Sociedad, *Interiores de las catedrales de Rouen y Milán*, y de otros conocidos pintores, como George, Hansen, Montagne Smyth, Fullwood y Holland Trincham.

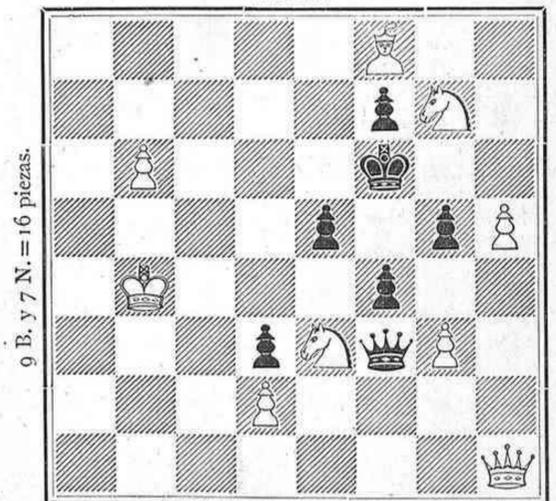
Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en *Dejazet L'homme de la rue de Prony*, gracioso vaudeville de Boucheron y Tavernier; en la Renaissance *La meute*, comedia en cuatro actos, primera producción dramática del conocido novelista Abel Hermant, que ha producido gran efecto por las alusiones que contiene referentes á un asunto de *chantage*, del que se han ocupado recientemente los tribunales de París y toda la prensa europea. En el teatro de los Poetas ha sido un acontecimiento la representación del drama de Echegaray *El gran galeoto*, traducido al francés por Lemaire y Schurman: la crítica parisiense ha hecho grandes elogios de la hermosa obra de nuestro ilustre poeta.

Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en Lara *Pedro Jiménez*, graciosa comedia en dos actos de los señores Perrín y Palacios, y en Romea *Madrid Cómico*, bonita revista en un acto de Limendoux y López Marin, con música de los maestros Brull y Alvarez. En la Zarzuela se ha reproducido *La gran vía*, de Felipe Pérez y Chueca y Valverde, á la que sus autores han añadido escenas de circunstancias y un número de música.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 16, POR AURELIO ABELA

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 15, POR JOSÉ ROMERO

- | | |
|--------------------|-------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dc TD | 1. T toma D |
| 2. C de 5 D á 3 AD | 2. T8CD |
| 3. C toma PT mate. | |

NOTA.—El P5AD evita una doble solución que empieza con 1. C5AD.

FERNANDA

NOVELA ORIGINAL DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN. — ILUSTRACIONES DE CABRINETV.

(CONTINUACIÓN)



Es más: al pensar la Pimentel en la buena obra á que se arrojaba, la sucedía enternecerse consigo misma y encontrarse bondadosa, semisanta...

Gonzalo Calderón había tenido la delicadeza de no enviar ni un recado á casa de la marquesa de Benalí. Su instinto de rectitud y la firmeza de su carácter le sirvieron para proceder, en esta ocasión, precisamente de la manera que más podía halagar los sentimientos de Fernanda. Cualquier oficiosidad, cualquier recado ó pregunta, la hubiesen predispuesto mal. La reserva y el silencio dieron pasto á su imaginación. Hasta parecía que Gonzalo se había suprimido en ninguna parte se le encontraba ni se le veía, lo cual, hecho sin intención, equivalía á la táctica más hábil. No oyó Fernanda por ninguna parte su nombre, excepto un día en que, á la hora del almuerzo, Perico Gonzalvo, convidado por Ginés, nombró por casualidad á Calderón, y el esposo de Fernanda, á quien sin duda tenía resentido y lastimado el alejamiento de su pariente, le puso de oro y azul, tachándole de raro, de hipócrita, de extravagante, de *tiniebla*, y de cobarde por último. Acostumbrada estaba Fernanda á oír estas despellejaduras entre varones, que se desuellan entre sí más cruelmente que las damas; pero el calificativo de cobarde, sin saber por qué, la hizo dar un salto en la silla, y el vaso en que bebía chocó contra sus labios, descoloridos repentinamente. Iba á protestar ó á decir no sabía qué, cuando Gonzalvo, que solía ser franco y sincero en sus apreciaciones, sobre todo cuando no hablaba de sus enemigos ni de gente con quien hubiese sentido herido su amor propio, saltó diciendo:

— ¿Cobarde Calderón? ¡Hombre, hombre! ¿De dónde sacas eso? Pues si es mozo muy terne, muy terne. Yo podría contarte...

Y Gonzalvo emprendió la relación de algunos hechos que dejaron bien puesta la fama del primo del marqués en lo tocante á la virtud más estimada en el varón. Cortó el elogio Ginés con impertinente grosería, insistiendo en sus cargos, sin fundarlos en dato alguno. La disputa se enzarzó, pues lo mismo Gonzalvo que Benalí eran porfiados y tenían la mala costumbre de aferrarse á cualquier afirmación gratuita y baldía, y sostenerla con un empeño como si les fuese la vida en ella. Dos ó tres veces Fernanda, contrariada por las expresiones de su marido, dejó caer nerviosamente el cuchillo sobre el plato. Y en el momento en que el convidado se despidió, sorprendióle notar que la marquesa de Benalí, de ordinario tan reservada y grave, le estrechaba la mano con una especie de efusión violenta.

El mismo día en que señaló la hora del almuerzo

este episodio, Fernanda, sabiendo que su marido comía fuera, avisó á María Pimentel para que á la hora de comer la acompañase. A los postres, pelando una mandarina, la Pimentel, sin más circunloquios, se dejó caer preguntando:

— ¿Has vuelto á ver á Calderón, hija?

— No; ¿y tú? — respondió Fernanda, sintiendo que ardía su rostro.

— ¿Yo? Que si quieres. ¡Si parece un capuchino! Pero tú, en el teatro...

— No ha vuelto al teatro — advirtió aturdidamente Fernanda.

— He oído decir — exclamó artera la Pimentel — que está enfermo, y que se marcha á no sé dónde de extranjis, si á Alemania ó á Suiza.

¡Oh numen de la santa verdad, no le tomes en cuenta á la buena señora el calculado embuste! Tan certero fué su efecto, que Fernanda se sintió desfallecer.

— ¿Enfermo dices?

— Creo que sí.

— ¡Dios mío! Pues yo debo preguntar, debo enterarme...

— Acaso ya no esté en Madrid — objetó la Pimentel con redoblada perfidia.

— ¡Qué disparate! No se marcha así la gente, sin despedirse y sin que los periódicos lo digan — replicó Fernanda rehaciéndose ya.

— En cuanto á lo de su enfermedad — repuso la Pimentel — no tardaremos en saber á qué atenernos. Voy á preguntar en seguida. Ahora mismo podemos tener noticias ciertas. En el acto.

— ¿Y cómo? — exclamó algo sorprendida Fernanda.

— ¿Cómo? Por milagro. ¿Cómo? Un serafín nos la traerá. ¡Inocentona! Con dar veinte pasos y arrimarle al teléfono.

— ¿Tiene teléfono Calderón?

— ¡Anda! ¿No lo sabías? Lo he mirado en el catálogo esta mañana. El 247.

Fernanda hizo un movimiento de sorpresa. No reparó en que era extraño que estuviese tan bien informada su amiga, sino sólo en que la pareció, por el hecho de tener teléfono Calderón, que había estado todos aquellos días viviendo muy cerca de él sin notarlo y sin saberlo.

Corrieron las dos amigas al gabinete y no tardaron en oír resonar el timbre estridente que les anunciaba que estaban al habla con el primo de Benalí. Fernanda sentía latir su corazón con pueril gozo. Oír una voz y no ver la cara del que la emite, es quitar la mitad del empacho y de la turbación que ciertas situaciones llevan consigo. El teléfono, que aleja, también aproxima, con misteriosa corriente de intimidad, causada por aquellas palabras que suenan tan cerca de la boca, y que tienen algo de incorpóreo y de bajado del cielo. La imaginación puede en esto poner mucho de su inagotable caudal, y sin duda lo pone cuando median antecedentes como los que mediaban en el caso especialísimo de la marquesa de Benalí. Apoyados los dos auditores en ambos oídos, inclinada sobre la placa, ya vibrante, Fernanda tenía la voz empañada y conmovida cuando murmuró: «¿Eres tú, Gonzalo?»

— Yo soy, Fernanda — respondió un acento lleno y grave que no alteraba ni empequeñecía la transmisión por los hilos.

— ¿Cómo estás? Me han contado que no andas bien de salud.

— Es cierto; pero no vale nada lo que tuve.

— ¿Se puede saber que fué? Habla más alto..., no te oigo ahora.

No se oía ni se podía oír, porque Gonzalo callaba, buscando una fórmula discreta. Al fin la placa tembló y Calderón dijo precipitándose:

— Cosas de los nervios... Un poco de neurastenia,

dice el doctor. Nada entre dos platos. ¡Cuánto te agradezco tu bondad!

— Es una bondad por fuerza — contestó Fernanda afectando reirse. — Como no te has dignado dejarte ver...

— Temía molestarte, Fernanda; pero si me das tu permiso y me señalas una hora no importuna...

Vaciló Fernanda: sin saber por qué, tan sencillo y previsto ruego le parecía difícil de otorgar, extraño, embarazoso.

— ¿Qué pregunta? — intervino la Pimentel. ¿A que pide hora y tú no sabes dársela? Yo contestaré.

Y arrebatando los auditores, lanzó como una bomba un «¡Buenos días, amigo Calderón! Soy yo, María Pimentel... Lo digo porque á mí no me conocerá usted por el habla...»

— Pues sí que la hubiese conocido. ¡Cuánto gusto..., aunque sea gusto incompleto, pues no la veo!

— ¿Galantería? ¡Ay qué gracia! Si en efecto quiere usted vernos, lo que se llama *ver*, dice Fernanda que no tiene más que venir cualquier noche que no sea de turno primero... A las diez empieza nuestro *raout*... Lo malo es que, de tan concurrido, faltan sillas...

— No, si hay mucha gente..., entonces...

— ¡Miren el erizo! Estaremos Fernanda y yo, yo y Fernanda...

Y la empecatada señora repitió más de veinte veces el «yo y Fernanda», riéndose al suponer la cara que pondría Calderón. Cuando se apaciguó la explosión de risa, la voz de Gonzalo dijo con cierta timidez:

— No importa, entérese usted de si á Fernanda le parece buen día el miércoles próximo...

— Que excelente. A las diez ó diez y media... En vez de tila se le dará buen te de la Caravana.

— Pues adiós, señora.

— Hasta el miércoles, ermitaño.

El más rígido censor y el observador más minucioso no encontrarían en aquella velada del miércoles nada que pudiese despertar su suspicacia ni justificar sus recelos. La natural reserva y la delicada modestia de Fernanda, la cortesía y el respeto de Calderón, neutralizaron lo que tenía la Pimentel de arriesgada y de confianzuda. Se habló de mil cosas agradables, entre las cuales el arte ocupó preferente sitio; se preparó allí mismo, sobre la mesilla de ébano incrustada de lozas de Vegdwood y traída de Londres para tal fin, un exquisito te, hecho en tetera de barro japonés — debidamente abrigada con el acolchado gorro de seda que reconcentra el aroma y almacena el calor para la segunda taza, — servido en tacillas de porcelana *cáscara de huevo*, que casi no se sienten entre los labios, y para mayor atractivo, presentado y ofrecido por Fernanda misma.

Contábase Calderón en el número de los pocos hombres que pueden sentir el encanto y la dulce intimidad de una velada pasada así. La noche que había tenido en su casa á las dos señoras — noche, sin embargo, de tan imborrables recuerdos para él, — el azoramiento, lo tasado de la hora, la evidente contrariedad de Fernanda, no le habían permitido saborear la imprevista y delicada sorpresa. Pero aquella primer noche en que Fernanda le recibía demostrándole pensada confianza y agradecimiento; aquel gran silencio del hotel, apenas turbado por el lejano rodar de algún coche; aquella habitación templada y cerrada, con sus muebles de tonos pasados y finos, alumbrada suavemente por bien colocadas lámparas; y sobre todo la silueta de Fernanda, su figura realzada por el traje de terciopelo gris y la gorguerilla de pluma oscura que realizaba la garganta; el vaivén del brazo saliendo de una manga floja, al presentar la taza del te ó el diminuto vaso tallado con asa, lleno de exótico licor, eran otros tantos pormenores que Calderón no había de olvidar jamás. Á la inmensa mayoría de los hombres de la edad de Calderón — que ya es edad de malicia perversa, — tal vez

les sugiriese la agradable velada pensamientos ó planes de esos que si se formularan concretamente al exterior, harían huir abochornada á la mujer de menos decoro; pero Calderón, sin haber presumido nunca de santo, era lo bastante refinado y tenía suficiente buen gusto y acaso discernimiento para no echar á perder un goce del alma encenagándolo interiormente. Así es que, sin esfuerzo, sin tener que recurrir á ardides de disimulo, su actitud durante la velada fué de tal respeto, de tan evidente corrección y á la vez de tan sincera complacencia, que Fernanda perdió poco á poco el miedo y la alarma que en ella había producido el paso de admitir por primera vez á un soltero en su trato no estando su marido presente, y á su vez se mostró más abierta, más franca, más desprevenida, lo cual contribuyó á aumentar el encanto de la velada íntima. Calderón recorrió el teclado del Pleyel, no tan largo tiempo que cansase, ni tan poco que no detallase dos ó tres de las más elegantes y caballerescas mazurcas de Chopin; celebraron las picantes ocurrencias de la Pimentel; comentaron algunos sucesos mundanos recientes, encontrándose con esa conformidad de opiniones que ratifica la simpatía (cuando no engendra el aburrimiento); y al separarse á las doce, ni Calderón ni Fernanda creían que se pudiese disfrutar tanto ni con tanta inocencia, en una noche y en una sosa velada casera. La que no alimentaba esta peligrosa confianza era la Pimentel; pero si alguien la preguntase cómo había transcurrido la noche, era segurísimo que la Pimentel diría que «como los santos»

VII

De la confianza y el descuido vino la reincidencia. Fernanda no tuvo reparo en que las veladas en que recibía á Calderón fuesen, primero semanales, después más frecuentes. Establecióse la costumbre de un modo insensible, fomentada por las oficiosidades de María y por la inclinación de los dos que aún no sé si llamar culpables. Establecióse la costumbre, sin que ninguno de los tres que la plantearon pudiese decir hasta dónde llegaba su parte de responsabilidad, ni menos hubiese calculado la dirección en que lógicamente tal costumbre había de arrastrarles. Pocas personas se dan cuenta de que al franquear el umbral de una casa se puede pasar el Rubicón del destino, y que una acción en apariencia indiferente decide á veces del porvenir. Quizás Calderón, que á fuer de hombre conocía la vida mejor que Fernanda, vió más claro que ella desde el primer instante; pero aun siendo Calderón lo que se conoce por *hombre de honor*, no encontraba, ni en sus vacilantes creencias ni en el ambiente de la sociedad en que vivía, nada á que asirse para resistir á una corriente que le arrastraba con tal encanto. Era Calderón uno de los muchos seres — entre los más escogidos, sin duda, que en nuestro siglo alientan — que no por falta de cualidades, sino por falta de un ideal á que aplicarlas, pueden decir con lágrimas interiores que no han encontrado su camino, y que marchan en tinieblas y en incertidumbre. Sus gustos selectos, su noble orientación moral, su horror por todo lo vulgar, bajo y vil, su repugnancia á la traición y al dolo, y la piedad lírica de su alma, todos estos elementos dispersos — que coordinados por una fuerte idea ética ó religiosa le hubiesen llevado á una vida moral, digna y ejemplar para los demás hombres — le impulsaban, por el estado anárquico en que existían en él, á la irregularidad, á la mentira y al desorden de una pasión ilícita por Fernanda.

El caso de Calderón, si sobre él reflexionamos, prueba que los mejores y más hermosos sentimientos no hacen bien, sino daño, si no los regula una ley superior y más desinteresada que la conciencia individual.

Calderón empezó á interesarse por Fernanda por motivos que le honran: la vió abandonada y vendida, y se indignó contra el traidor que escarnecía la santidad del matrimonio; la vió reservada y honesta, y entonces la encontró hermosa; la vió infeliz, y sintió compasión y deseo de acorrerla en su desdicha. Respetóla interiormente, y tuvo á raya sus ojos y su pensamiento para no mancillarla y no mancillarse; pero esta delicada labor psicológica no era sino la base de otros sentimientos que tenían que nacer y surgir y estallar derribando cuanto se les opusiese.

En cuanto á Fernanda, también fueron las mejores cualidades de su sensibilidad y las más nobles direcciones de su espíritu las que en esta ocasión la ponían en inminente riesgo. A haber sido Fernanda como la mayor parte de las mujeres, la disipación, la ociosidad, la vanidad y acaso una superficial galantería serían suficientes para consolarla del naufragio de su amor conyugal. Pero Fernanda ni sabía, ni podía, ni quería renovar el ensayo de vida mundana.

A cada instante comprendía mejor que era nacida para el cariño leal y sólido, para la efusión no interrumpida de un alma en otra alma, para la verdad y la firmeza, para la renovación constante de los afectos y para el horror á toda desviación de los dulces deberes que crean. Y por lo mismo tenía que atraer á Fernanda con magnético poderío el hombre que pudo haberla ofrecido todo eso, porque también él sentía y entendía lo mismo que ella la vida y la felicidad. Y si Fernanda hubiese sido de esas mujeres que arden como yesca, su propia alteración la serviría de aviso para cautelar; pero en los primeros tiempos su complacencia en el trato de Calderón fué tan inocente, tan serena, tan limpia y armoniosa, que jamás pensó que pudiese variar de naturaleza, ni que aquella alegría pura y sencilla perdiese su eficacia. Y con aquella alegría bastó en efecto á Fernanda al pronto para ser feliz. La semana transcurría en espera del día señalado para la venida de Gonzalo: todas las ocupaciones y los planes se modificaban en expectativa de aquellas breves horas. Por tácito instinto de delicadeza, Fernanda aplazaba ó adelantaba el día, según la posibilidad que de acompañarla tuviese María Pimentel, y si ésta no podía venir, dilatábase la reunión todo lo que fuese preciso, pues sin testigos no consentía Fernanda recibir á Gonzalo. Tácitamente también las dos amigas hacían de manera que la encargada de transmitir á Gonzalo los avisos por teléfono fuese la Pimentel; y al dar aquellas inocentes citas, María empleaba fórmulas misteriosas que luego las hacían reír, y diciendo, verbigracia: «Mañana hay carreras» ó «No falte usted al estreno del viernes.» Ya era cosa convenida entre la solícita amiga y Calderón, que el nombre sagrado de Fernanda no se expusiese á los malévolos comentarios de la Central. «Á mí que me despellejen cuanto quieran,» añadía la viuda: «murmuraciones de pícaro hacen echar buen pelo.» Y estos arreglos y combinaciones creaban entre los tres interesados en el silencioso drama de la naciente pasión, un lazo como de complicidad, sin que realmente tuviesen nada que ocultar, al menos en lo que cae por fuera.

Algunas veces había manifestado Fernanda á Gonzalo temores de que la costumbre de fijar ella el día de las íntimas veladas pareciese algo como imposición, y de que Gonzalo, al someterse á ella, rompiera ó modificase planes anteriores. En la respuesta de Gonzalo, ardorosa y explícita, iba encerrada la más vehemente protesta: Gonzalo no tenía ningún plan, ocupación alguna, que le importase lo bastante para impedirle asistir á casa de su prima el día que ella quisiese. «Ya ves tú si tendré yo ocupaciones que me importen — añadió, — que cuando vine aquí por primera vez, había resuelto salir á viajar.» Y Fernanda, al oír esta frase, volvió la cabeza y sintió una llamarada de fuego que pasaba por sus ojos y sus mejillas.

Sin proponérselo y sin artificio alguno; rehuyéndolo al contrario, porque estaba en su manera de ser el rehuirlo, Calderón procedía como hubiese procedido el más refinado seductor. Su actitud llena de respeto, su cuidado exquisito en no traspasar los límites de la confianza que se le concedía, su manera de pronunciar aquel *tú* autorizado por el parentesco de afinidad y que en sus labios sonaba como reverente, y más que todo, la melancolía y la soledad de la vida, que Fernanda adivinaba, causaban en ella esa emoción de la lástima que tanto se parece á la emoción sexual, y que tan á menudo la origina. La presencia de María Pimentel, impidiendo la posibilidad de toda expansión peligrosa, hacía á Fernanda entregarse sin recelo á la involuntaria exaltación que la producían aquellas noches tan excepcionales en su árido vivir. Con mantener el firme propósito de no recibir nunca á solas á Gonzalo; con advertir que tampoco Gonzalo trataba de quebrantar esta consigna, creíase Fernanda en terreno firme, y segura de todo temor y de todo reproche.

¿Podrá darse cosa menos reprobable que las veladas aquellas? La conversación era general, animada por la charla de María. Calderón no pecaba de loquaz ni de verboso, pero cuando hablaba hacíalo con discreta oportunidad, demostrando más que mediano entendimiento, y apreciando las cosas de un modo ajustado y elevado siempre. Mientras las señoras trabajaban en matizar un tapiz heráldico destinado al comedor, y los dedos ágiles y largos de Fernanda escogían los sueltos estambres de vivos colores y enhebraban la gruesa aguja, Calderón dejaba correr las manos por el teclado, ó leía las noticias y los telegramas en el número todavía húmedo de *La Epoca*, acabada de traer. La hora del te llegaba pronto, y ya había en el te una nota más íntima, pues Fernanda hervía el agua en un *kettel* de plata traído de Hamburgo, allí, en la misma chimenea, sin permitir que en la cocina interviniesen para nada en los prepara-

tivos. Cada día esmerábase en descubrir alguna golosina nueva para ese te; ya una galleta inédita, ya un rosco castizo y sabroso, ya algún *plum* raro y genuino, recibido directamente de Londres la mañana misma.

Como toda mujer que no es feliz, Fernanda no había perfeccionado sus aptitudes de ama de casa atenta y solícita, ni cultivado esa poesía del bienestar interior que tanto puede atraer al hombre; pero al contacto de aquella amistad, de aquel interés hasta entonces no disfrutado, sentía Fernanda desenvolverse ese talento tan propio de su seso, y una ojeada á la salita, tan graciosamente adornada con flores siempre frescas, revelando en los menores detalles el cuidado que da á cualquier cosa un interés del corazón, bastará para indicar al experto que la mujer que así arreglaba su cuarto esperaba á alguien que para ella representaba la ventura.

De las tres personas que allí se reunían y que tanto estimaban el goce de reunirse, una había menos conforme con la situación, y el lector menos perspicaz adivinará que era María Pimentel. La confesión que estaba al borde de los labios sin querer salir, la Pimentel creía que ahogaba á Fernanda y á Calderón; la soledad que no deseaban, la Pimentel creía que era su mayor anhelo: la ocasión temida y rehuída, la Pimentel se imaginó que debía ella ser el duendecillo que la proporcionase... ¡No, sin malicia!; porque la Pimentel no tenía ánimos de que nada malo ocurriese. ¿Malo? ¡Si con Fernanda lo malo era imposible! — Pero entre la maldad y no poder cruzar dos palabras sin que haya quien las oiga..., va muchísima diferencia, reconozcámoslo. — ¡También es terrible la pensión de no encontrarse jamás en libertad dos que se..., aprecian! Y María se calificaba á sí propia de estorbo, de impertinente, de espantajo...

Dado este modo de pensar, á nadie debe parecer extraño que un día de los señalados, habiendo convenido en estar á las nueve y media en punto en casa de Fernanda, María se retrasase hasta las once. A las diez llegó Calderón — hora acostumbrada, — y al encontrar sola á la marquesa de Benalí, le causó tal impresión de sorpresa, que se quedó en la puerta, indeciso acerca de sí debía ó no pasar. Y casi en el mismo momento se avergonzó de su perplejidad, pues envolvía algo de ofensivo para él y para la misma Fernanda. Esta, al ruido de los pasos que conocía; al comprobar, aun antes de que se alzase la cortina, que quien entraba era Gonzalo y no la Pimentel, se había puesto de pie como para despedirse con la actitud; pero al verle detenido en la puerta, un movimiento involuntario la hizo exclamar: «Adelante, Gonzalo, buenas noches.» Entonces él se precipitó, tropezando en la piel de oso polar que señalaba el sitio del costurero y en la cual apoyaba la señora los pies.

Las manos tendidas encontraron las de Fernanda, y las cogieron y no las soltaron ya. Confusos, silenciosos, trémulos, sin mirarse, permanecieron así un minuto, durante el cual Fernanda vió clarísimamente en su corazón, á la luz de una emoción tan violenta, que cortaba en su garganta la voz y casi nublabla la luz en sus ojos. El sueño del cariño inocente, del idilio sin culpa ni mancha, de la comunicación amistosa sin consecuencias, se evaporó al calor de las palmas de Gonzalo. Y lo que más espantó á Fernanda fué notar que lejos de sentir indignación contra sí misma, de encontrar en sí aquella energía ante el mal, que no sólo lo precave, sino que le aplica su verdadero nombre, sentía sólo el ciego impulso del ansia de dicha, la tensión de la voluntad hacia el objeto secretamente codiciado. La frase más vulgar, pero infalible en tales casos, acudió á su boca, y con quebrantado acento gimió:

— Gonzalo, vete.

— No me iré, porque *lo extrañarían*: acabo de entrar — respondió Gonzalo, á quien no abandonaba ni en tan crítico momento el instinto de proteger á Fernanda. — Vete tú... Yo aquí aguardo á María Pimentel.

Una sonrisa de inefable agradecimiento iluminó la cara descolorida y algo desencajada de Fernanda; serena ya, alzó la vista y la reposó en el semblante de Gonzalo. Nunca había notado tanto como entonces el parecido de Gonzalo con el marqués de Benalí, pero la diferencia de la expresión y del alma tampoco eran nunca más evidentes. Gonzalo sonreía enajenado también, porque no hay hombre alguno, á no ser un ridículo fatuo, que esté seguro de los sentimientos de una mujer mientras no los comprueba. De pronto Fernanda arrancó sus manos, las apretó sobre el corazón, y salió de la estancia. En vano aguardó Gonzalo á que llegase la Pimentel. Esta, creyéndose muy diplomática, no vino hasta las once; pero á las diez y media, Calderón no creyó prudente dilatar más su espera, y se retiró.

VIII

Mientras Gonzalo, se había quedado solo en el saloncito y lo media con paso febril, Fernanda, á obscuras en su tocador, desplomada sobre su diván, presutando oído á pesar suyo á los ruidos que del interior de la casa venían, se encontraba uno de esos estados de anonadamiento que suprimen de tal manera las energías morales, que nos impulsan á entregarnos á la fatalidad.

Y es que reconocía con espanto aquella mujer, sincera y leal hasta cuando la dominaba la pasión, que dentro, en su propia alma, se habían roto todas las vallas y todos los diques que podían sostenerla, y que no tenía ya á qué asirse, por lo cual la caída era segura en plazo más ó menos corto; y sobre todo, la caída interior, que á fuer de espiritualista tenía más importancia para Fernanda, era ya evidente. En aquella obscuridad que casi siempre presta claridad á la conciencia, Fernanda veía que no quedaba en pie ni uno solo de los apoyos en que podría sostenerse para llegar á *no querer* la caída que ahora deseaba con toda su alma; y el desearla así era lo que no soportaba su espíritu, lo que la hacía tenerse en poco á sí propia y sufrir la más dolorosa humillación que sufrir puede un ser delicado, una selecta organización moral. «Estoy á la altura de Ginés — pensaba — á su nivel, á su propio nivel, pues no siento horror ante la posibilidad de la degradación, ni encuentro nada que me estorbe cometerla. Siento en mí vivo y firme el deseo de lo que ya ni casi me parece delito; á tal estado ha llegado mi conciencia, embotada quizás por seis años de penas y de humillaciones. Así como el que se siente atraído por una gran altura con el hormigueo del vértigo conoce que va á despeñarse y sin embargo prosigue andando, yo sé que andaré, y aprisa, y que no hay quien pueda salvarme de esta impulsión. ¡Salvarme! ¿Y á quién le importa que yo me salve? ¿Hay en el mundo alguna persona que se interese por mí, que se mire en mi honra como en un espejo, que se goce en mi bien, que me estime lo bastante para querer estimarme siempre? ¡Sólo sé de una, y es precisamente *el* que, por fatal anomalía, no puede darme honra y puede quitármela!»

Parecerá extraño sin duda, á los que no han estudiado bien el estado moral de la mujer moderna, tal cual la forma el ambiente de nuestro siglo, que Fernanda no encontrase, en aquella hora crítica de su vida interior, ningún asidero, nada en que sostener su personalidad para conservarla alta y firme. La mujer moderna sufre, aunque á distancia, la misma crisis que el hombre: sus creencias religiosas están debilitadas y carecen de vigor: quizás no lo sabe ella misma, ni se da cuenta de ello: quizás se enojaría y protestaría si se lo afirmasen; mas no por eso es menos cierto que padece esa funesta enervación, esa parálisis progresiva del sentimiento más noble y más racional de todos, que es el que nos enlaza con la causa suprema de las cosas. No ha sido atacada la religiosidad en la mujer (salvas contadísimas y bien raras excepciones) por el racionalismo, por la lectura y por el análisis; no la ha combatido la duda; pero la ha contagiado la indiferencia. Al ver que el hombre se desvía, la mujer si no se desvía precisamente, al menos no siente la necesidad de acercarse á la gran fuente de vida y de verdad, al gran consuelo, á la única tierra prometida del espíritu.

Apagado el fervor religioso, no tiene tampoco la mujer abiertos los caminos por donde el hombre puede emplear noblemente su actividad y combatir esas enfermedades morales que se llaman *pasiones*. ¿Qué podría hacer Fernanda de sus horas sobrantes? ¿A qué dedicarlas, que la interesase y absorbiese lo suficiente para sacarla de sí misma y llevar en otra dirección su pensamiento? Encerrada en su casa y exaltada por ese encierro la imaginación, Fernanda comprendía que si la mujer vive para los afectos de la familia, el día en que esos afectos vienen á faltarla, su vida carece de objeto y de finalidad, y va como el barco á merced de las olas. De esta convicción nació en la desdichada marquesa de Benalí una resolución extrañísima, que probará al que reflexione bien sobre ella, que las contrariedades y las penas pueden alterar momentáneamente la razón y sugerir

las más singulares ideas y hasta delirios. Como si se la hubiesen presentado en un calidoscopio, Fernanda repasó su vida futura, y comprendió que iba á ser lo mismo que la de tantas y tantas mujeres, ocupadas en labrarse una felicidad culpable y secreta que no eche por tierra su conciencia ante el público. La dama sentía que en su conciencia estaba vivo y fuerte, á falta de otras cosas, el amor á la verdad y la repugnancia más profunda é invencible al disimulo y

dos enamorados — pues tal nombre se les puede dar ya — que conversasen libremente algunos minutos. Era, sin embargo, tan embarazoso y difícil lo que ambos tendrían que decirse, que fué preciso que las ausencias de María se repitiesen para que surgiesen las palabras en los labios de los dos. Fué cabalmente un arranque de dignidad de Fernanda lo que dió pie á que la situación se aclarase.

— ¡Cuánto agradezco que nos dejen solos un mo-



¡Cuánto gusto, aunque sea gusto incompleto, pues no la veo!

á la duplicidad infame; y lo único que no se sentía con fuerzas para aceptar, era la vida enmascarada de la mujer que aparece de una manera y es de otra, que pertenece ante la ley y la sociedad á un hombre y ocultamente á otro, que oye en un salón comentar las faltas ajenas y tiene para ellas obligadas frases de censura, pero que palidecería y hasta caería desmayada si alguien refriese allí su propia historia! No; Fernanda no quería ser esa mujer, ni vivir así, ni someterse á la situación general de las mujeres que caen. Unido este inquebrantable propósito á la no menos fulminante é indestructible convicción de que pagaba la pasión de Gonzalo en la misma moneda, y que no podía amputarse el corazón, Fernanda sólo vió una solución posible en el porvenir. Era la solución tan terrible, en cierto modo tan trágica, y de seguro tan inusitada y poco común, que al pronto la misma Fernanda pensó en ella con terror y tuvo horas de fiebre y extravío. Los combates de aquellos días fueron de esos que el mundo no ve, que no salen á la superficie, que se anegan en una taza de tila, que se disimulan detrás de un pañuelo de encaje y con el pretexto de una jaqueca insufrible ó de unos vaporcillos que no alarman, pero que causan un estrago interior equivalente al paso de diez años sobre la cabeza de una mujer. Fernanda miró á su alrededor y se vió sola, sola, inútil; nadie la necesitaba, ningún vacío dejaría su desaparición en aquel mundo insubstancial é indiferente: se hablaría del asunto quince días, ocho, quizás menos; se ensañarían un poco con ella, pero al punto las olas se cerrarían sobre el cuerpo caído al mar, y ni señal quedaría en la superficie de la no observada desaparición.

Clavóse tan adentro la fatal idea en la mente de Fernanda, que ya, en vez de rehuir verse á solas con Gonzalo, deseó — como se desea todo lo que nos saca de la indecisión y resuelve de una vez el porvenir — verle nuevzmente, y en circunstancias en que pudiesen hablarse con alguna libertad y detenimiento. No cabía en el modo de ser de Fernanda, sin embargo, buscar ocasión propicia; pero para algo están en el mundo las Pimenteles. María pensaba que la primer ocasioncilla había fructificado; atribuía la palidez y el decaimiento visible de Fernanda á la lucha del honor con el deber, y creía que el mejor medio de aliviar los padecimientos de su amiga era repetir la habilidad de aquella memorable noche; anunciarse, pero no presentarse. Así lo hizo, sólo que Calderón, invariable en su respetuosa línea de conducta, no quiso entrar cuando no había nadie aún. Ideó entonces María otra cosa, y fué, mientras duraba la velada, salir con cualquier pretexto, y permitir así á los

mento! — murmuró Gonzalo. — Así puedo preguntarte por qué estás... enferma. ¿Qué tienes, Fernanda? ¿Cómo tan desmejorada y triste?

— María es tonta — respondió Fernanda colérica. — Estas salidas me desagradan, me repugnan.

— Ya sabes que yo no he de abusar de ellas — respondió Calderón en voz opaca, dando vueltas á los estambres con que matizaba la señora su labor. — Ya sabes, Fernanda, que no he de darte ningún disgusto. Por ahorrarte el más pequeño, no te quiero decir de lo que soy capaz, porque tal vez no lo creyeres. Fernanda, si es culpa mía el que estés tan triste, tan abatida, con ese color y ese semblante, me iré, no vendré más. A nadie quiero disputar el privilegio de hacerte infeliz. El de hacerte dichosa sí que se lo disputaría al universo. ¿Entiendes, Fernanda? Mándame, échame, pídemelo lo que se te antoje..., pero no estés así.

Fernanda callaba, no por confusión ni porque no tuviese qué responder, sino por una impresión tan fuerte que hacía temblar levemente sus manos al revolver las blandas y sueltas lanas en el ligero canastillo. Las palabras que pronunciaba aquel hombre eran tan exactamente idénticas á las que Fernanda suponía de antemano que debía pronunciar; correspondían tan bien á la nota de abnegación, desinterés y protección que esperaba de él, que una onda de deliciosa beatitud caía como bálsamo sobre su corazón dolorido y aceleraba su movimiento, mientras un suave calor circulaba por sus venas.

— ¿No respondes, Fernanda? — insistió Gonzalo, equivocándose respecto á la naturaleza de la emoción de la señora. — ¿Quieres que no vuelva más por aquí?

— No es eso — respondió ella haciendo un esfuerzo visiblemente trabajoso, y hablando ya con resolución y energía. — No es eso, Gonzalo.

— ¿Pues qué es? ¡Por Dios..., háblame con toda sinceridad!

— No es posible. No sé hablar así, con la angustia y el recelo de que nos oigan. María vuelve cuando menos se piensa; me encuentra alterada, y piensa ó malicia cualquier desatino... Necesito hablarte con tranquilidad.

Una alegría repentina y profunda cambió el rostro de Gonzalo, que balbuceó:

— ¡Cuando quieras..., como quieras! Pero ¿dónde..., dónde?

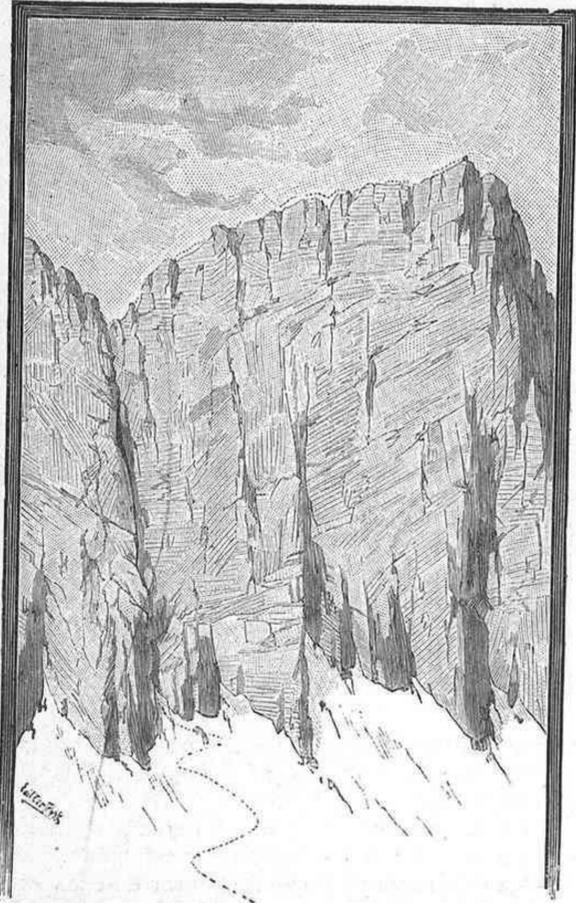
— Aquí — respondió Fernanda con dignidad. — ¿Dónde había de ser? Ven... por la tarde..., á las cinco..., mañana... No; mañana no: el viernes.

(Continuad)

ASCENSIONES Á GRANDES ALTURAS

La afición á escalar las más altas montañas aumenta de día en día, habiéndose convertido en algunos países en *sport* á la moda, hasta el punto de ser tenido en poco el que no puede dar cuenta por experiencia propia de una ascensión, cuando menos, á alguno de los montes que gozan de más universal nombradía. Para fomentar esta afición hanse fundado multitud de clubs, entre los cuales ocupan el primer puesto los llamados alpinos por ser los Alpes, en sus distintas ramificaciones, los que más atractivos ofrecen y más sorpresas tienen reservadas á los que á tales excursiones se dedican.

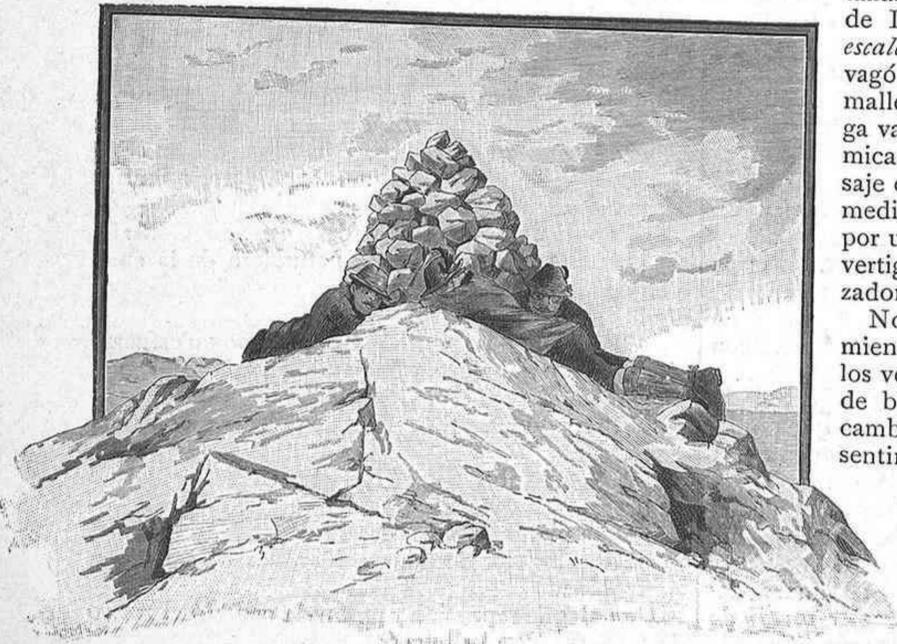
En muchos es el ascensionismo una verdadera pasión, una obsesión avasalladora: la contemplación de



Paredes de roca en los Alpes

las grandes alturas les fascina y la idea de posar en ellas su planta les persigue sin descanso, haciéndoles entrever en tentadores espejismos placeres inefables y sensaciones deliciosas.

«Siendo aún niño — dice un famoso alpinista contemporáneo — me atraían estas montañas del Delfinado; al contemplarlas por vez primera, presentía que iba á pasar en sus cimas algunas de las horas más agradables de mi existencia. Muchos años transcurrieron, sin embargo, antes de que pudiera satisfacer mis deseos; lo que yo sentía no era un capricho, sino una pasión que cada vez se apoderaba más de mí.



Ascensionistas descansando junto á un pico artificial de los Alpes

Había recorrido los Alpes de Suiza y del Tirol, y por una serie de circunstancias inútiles de recordar aquí, no me había sido posible escalar los Alpes del Del-

finado. Lejos de mi ánimo estimular las expediciones peligrosas en que se compromete por orgullo no solamente la vida propia sino la existencia de los guías á quienes seduce el incentivo de la ganancia. No se pueden dispensar semejantes tentativas sino cuando tienen por objeto alguna observación ó un descubrimiento científico, y merecen severa censura siempre que el amor propio es su único móvil. Pero cuando se ama verdaderamente la naturaleza, cuando se sabe comprender sus encantos y esplendores, sus armonías y enseñanzas, experimentase un gozo infinito al elevarse sobre las grandes alturas. La salud del alma gana tanto como la del cuerpo: fatigando los miembros para fortificarlos se toman esos baños de aire vivificante que con tanta elocuencia recomendaba Juan Jacobo Rousseau; los sentimientos se depuran como la atmósfera; las ideas se engrandecen; descúbrese bellezas desconocidas de aquellos que se limitan á contemplarlas desde los valles ó las llanuras; todo cambia, formas, colores, aspectos y horizontes, y experimentase, en fin, un goce indefinible al acercarse al cielo, perdiendo de vista esta tierra donde la triste humanidad, entregada á un trabajo forzoso, se ocupa más por desgracia en satisfacer malas y vergonzosas pasiones que en desarrollar las facultades intelectuales y morales, que deberían ser fuente única de sus placeres y de su felicidad.»

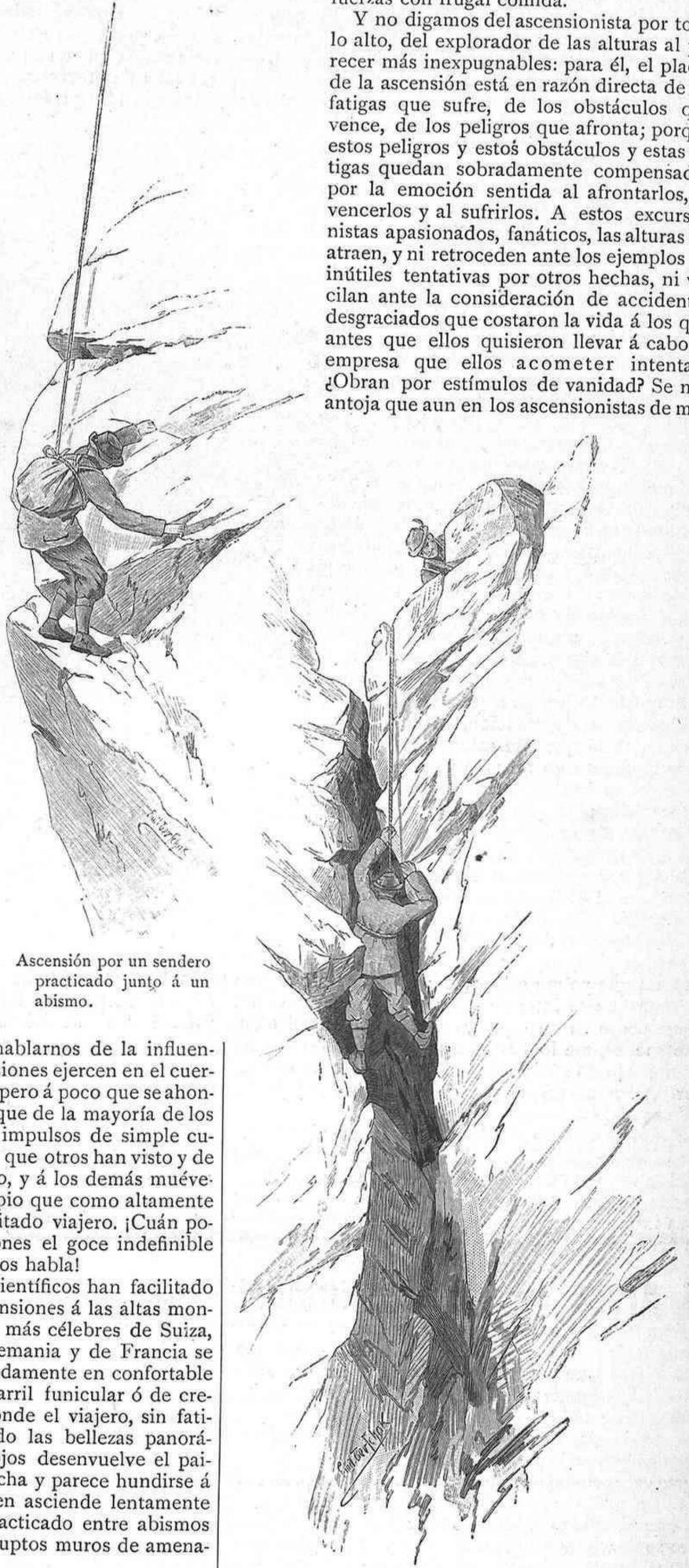
Preciso es reconocer que los párrafos transcritos encierran una gran verdad, al hablarnos de la influencia higiénica que esas ascensiones ejercen en el cuerpo y en el espíritu humanos; pero á poco que se ahonde en el asunto, descúbrese que de la mayoría de los ascensionistas unos lo son á impulsos de simple curiosidad, del deseo de ver lo que otros han visto y de hacer lo que otros han hecho, y á los demás muévese ese orgullo, ese amor propio que como altamente perniciosos señala el antes citado viajero. ¡Cuán pocos buscan en estas excursiones el goce indefinible de que este mismo viajero nos habla!

Los modernos adelantos científicos han facilitado extraordinariamente las ascensiones á las altas montañas: los montes más célebres de Suiza, de Italia, de Alemania y de Francia se escalan hoy cómodamente en confortable vagón del ferrocarril funicular ó de cremallera, desde donde el viajero, sin fatiga va descubriendo las bellezas panorámicas que á sus ojos desenvuelve el paisaje que se ensancha y parece hundirse á medida que el tren asciende lentamente por un camino practicado entre abismos vertiginosos y abruptos muros de amenazadoras rocas.

No es este, sin embargo, el procedimiento que adoptan en sus excursiones los verdaderos *amateurs*: éstos renuncian de buen grado á tantas comodidades á cambio de las emociones que les permite sentir el camino seguido á pie. El perfecto excursionista no se satisface con alcanzar fácilmente la suspirada cúspide; el gran hotel que en lo alto de la montaña le brinda con los más suculentos manjares y los vinos más exquisitos servidos en amplio salón y sobre mesa lujosamente dispuesta por un ejército de criados irreprochablemente vestidos no le seduce. Al dulce y acompasado movimiento del tren prefiere el cansancio de la caminata fatigosa; al Chateaubriand mejor condimentado, el modesto fiambre; á la copa del es-

pumoso Mumm, el sorbo del aguardiente que lleva en su cantimplora ó del agua fresca del cristalino arroyo junto al cual se detuvo para restaurar sus fuerzas con frugal comida.

Y no digamos del ascensionista por todo lo alto, del explorador de las alturas al parecer más inexpugnables: para él, el placer de la ascensión está en razón directa de las fatigas que sufre, de los obstáculos que vence, de los peligros que afronta; porque estos peligros y estos obstáculos y estas fatigas quedan sobradamente compensados por la emoción sentida al afrontarlos, al vencerlos y al sufrirlos. A estos excursionistas apasionados, fanáticos, las alturas les atraen, y ni retroceden ante los ejemplos de inútiles tentativas por otros hechas, ni vacilan ante la consideración de accidentes desgraciados que costaron la vida á los que antes que ellos quisieron llevar á cabo la empresa que ellos acometer intentan. ¿Obran por estímulos de vanidad? Se nos antoja que aun en los ascensionistas de más



Ascensión por una chimenea

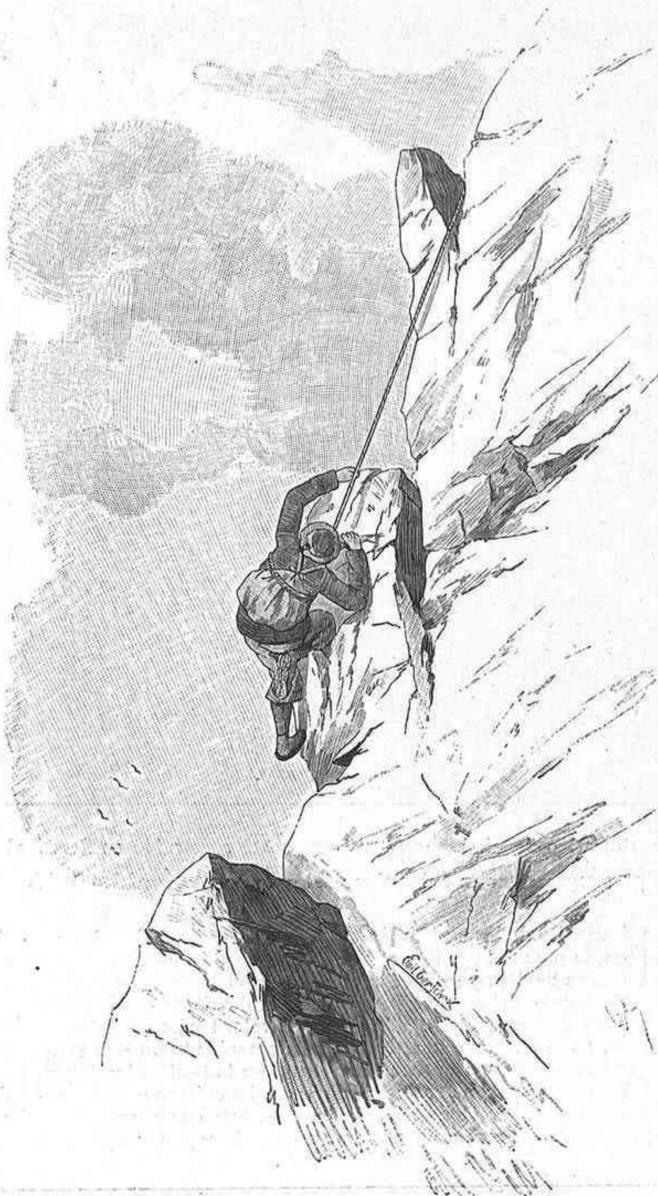
buena fe hay su poquito de este defecto, tan natural en la condición humana.

Esto no obstante, comprendemos que entre la clase, y aun prescindiendo de los que obedecen á móviles científicos, los haya que sean lo que son y hagan lo que hacen por puro amor al arte. Y la verdad es que el ascensionismo, tal como éstos lo practican, tiene no pocos encantos y que los relatos de algunos de estos excursionistas son de una poesía tentadora. Oigamos á uno de ellos:

«A medida que nos elevamos en una montaña, que nos acercamos á las altas cimas, vemos disminuir á nuestro alrededor las manifestaciones de la vida: los grandes árboles han desaparecido, los arbustos, los matorrales, las hierbas mismas han cesado de crecer; no se ven más que abruptas paredes de piedra, inmensas moles de desnuda roca, y á lo lejos,

por todos lados, picos y pendientes cubiertos de hielo y de nieve. Un silencio absoluto, no conocido en el llano, nos rodea; la imagen de la muerte se presenta á nosotros por doquier, sumiéndonos en una especie de sombrío estupor. Mas pronto los ojos se acostumbran á este espectáculo; el espíritu, durante un momento dormido, se despierta, sondea y penetra esta naturaleza en apariencia inanimada y descubre en ella una vida muy diferente de la que la presencia de los hombres, de los animales y de las plantas nos han acostumbrado á ver, pero vida al fin, activa y enérgica. Las rocas no son inertes, sino que á su modo palpitan y viven: unas gravitan con pesadumbre enormes sobre las que las sostienen y tienden á aplastarlas, y estas últimas sólo permanecen firmes gracias á un continuo esfuerzo. Las moléculas que las componen están animadas de fuerzas poderosas que las solicitan en diversos sentidos, y su inmovilidad no es sino el equilibrio resultante de estas fuerzas contrarias que luchan entre sí y se compensan.»

Ciertamente que esta descripción es tentadora, pero para gozar de los encantos que en las grandes alturas ofrece la naturaleza, ¡cuántas penalidades hay que soportar, á cuantos riesgos hay que exponerse! A medida que el viajero asciende, las dificultades aumentan y llegan á veces á tal extremo que para proseguir el camino hay que apelar á todos los recursos, que no son muchos por la escasez de elementos de que se dispone, ya que en estas excursiones la impedimenta, como se comprenderá, no puede ser muy considerable. Unas veces hay que abrirse paso entre anchos y profundos barrancos llenos de pedruscos y rocas profundas de lo alto que hay que ir apartando á fin de practicar una senda por donde caminar con relativa facilidad; otras, es preciso seguir un sendero de algunos decímetros de ancho, abierto al borde de un precipicio cuyo fondo no se distingue. En ocasiones, un muro de roca perpendicularmente cortada, cuya lisa superficie no presenta el menor punto de apoyo, cierra de pronto el camino y obliga al ascensionista á desandar lo andado y á dar un rodeo de algunas horas para alcanzar la parte superior de aquel obstáculo que apenas tendrá unos metros de altura y que sin



Trepando por las rocas

embargo resulta infranqueable; en otras, encerrado el expedicionario en un callejón sin más salida que lo que con mucha propiedad se llama una chimenea, vese obligado á trepar por aquella especie de tubo, apoyándose en las piedras salientes de las irregulares paredes. Y con frecuencia hay que salvar abismos dando un salto que ha de calcularse con precisión matemática para no rodar por aquellas simas de centenares de metros de profundidad. Y esto repetido una y otra vez; siempre escalando rocas y ganando cumbres, y siempre teniendo delante nuevas montañas y nuevos peñascos, sin poder calcular siquiera aproximadamente cuándo tendrá término tanta contrariedad, cuándo se llegará á la meta deseada.

Pero donde los peligros se suceden sin interrupción y alcanzan el máximo de su intensidad es en la región llamada de las nieves eternas. Allí, el suelo que se pisa ofrece problemática consistencia, y muy á menudo la helada superficie que parece sólida se derrumba al menor peso, abriendo abismos que producen vértigos: el campo de nieve que está unido é invita á atravesarlo se hunde de pronto, arrastrando consigo al desgraciado que fijó en él su planta sin antes sondearlo prudentemente. Y el peligro no está sólo abajo; llega de arriba muchas veces en forma de alud desprendido de lo alto, inmensa mole que con terrible furia salta, choca, vuela y se estrella al fin contra otras moles con ensordecedor estrépito.

Unase á todo esto el mal de las montañas que se experimenta al llegar á cierta altura y que producido por el enrarecimiento del aire se manifiesta en vértigos, náuseas y cansancio extraordinario, causado por el menor esfuerzo, y se comprenderá que tales ascensiones no se han hecho para todos los mortales. Se comprenderá también que sean tan frecuentes los accidentes desgraciados que tantas víctimas causan todos los años.

Por esto son más meritorios los esfuerzos de aquellos que en aras de su amor á la ciencia arrostran tantas dificultades y á tales accidentes se exponen: la humanidad nunca agradecerá bastante la abnegación de los nabias que, como Saussure en el Monte Blanco, arriesgan su vida para aportar nuevos datos al caudal científico de sus contemporáneos. - X.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

CYCLES IMPERATOR
DUGOUR Y C.^{as}, constructores al por mayor
81, Faubourg, Saint-Denis, Paris
Velocipedos de precisión, modelo 1896
Soberbios neumáticos. Fr. 150
Catálogo ilustr. gratis.—Exportación

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

SAN ANDRÉS DE TONA
AGUAS MINERO-MEDICINALES
Clorurado-sódicas sulfurosas frías. — Variedad bromo-yoduradas
MANANTIAL ROQUETA
Declaradas de utilidad pública por Real orden de 12 diciembre de 1895
RECOMENDADAS COMO EL MEJOR MEDICAMENTO para combatir las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO y HERPETISMO, así como muchos estados morbosos del corazón, de los riñones y del hígado, en la cloro-anemia y en varias afecciones de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.
TÓNICAS, DEPURATIVAS Y PURGANTES
Los pedidos al administrador D. CELESTINO ASTORT, CALLE DEL OBISPO, NÚM. 3, BAJOS, BARCELONA.
Se venden en todas las farmacias, droguerías y depósitos de aguas.
No serán legítimas las botellas que tengan roto el precinto que se coloca en el cierre del tapón de porcelana.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

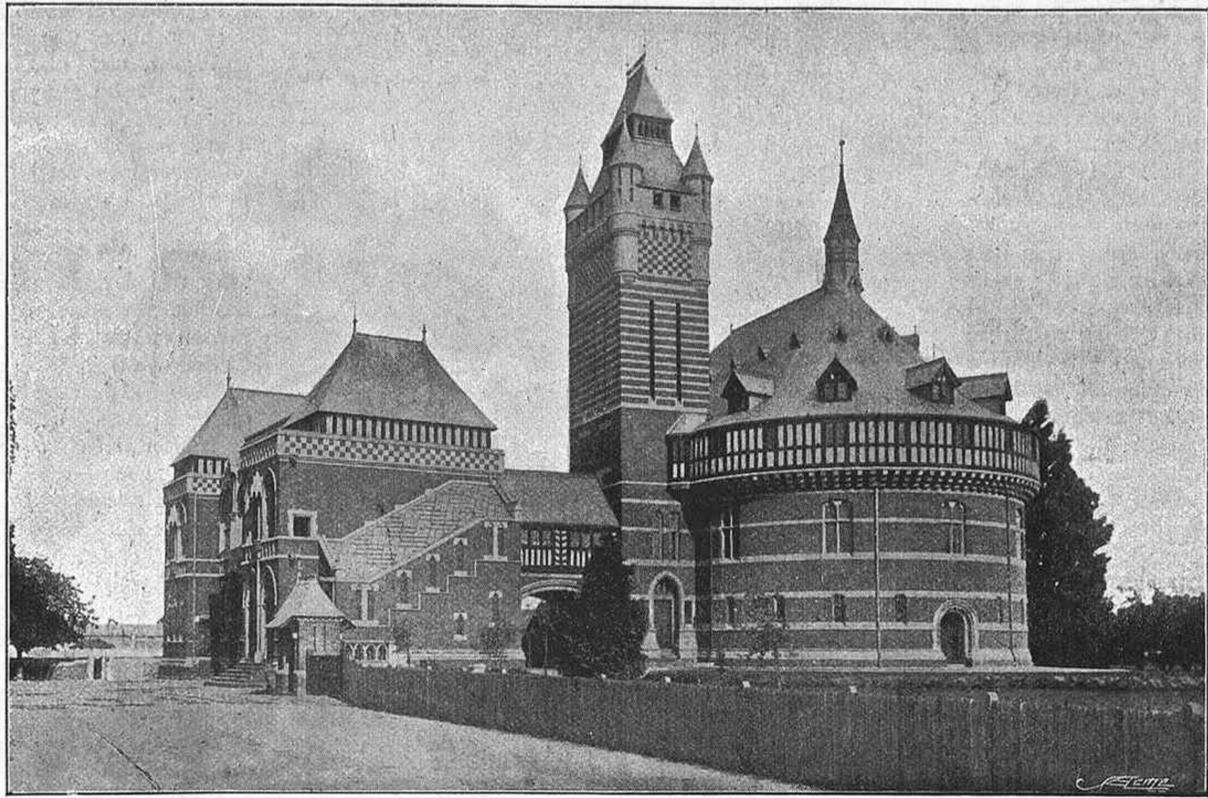
VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
(Rotulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

EXPOSICIÓN COLOMBINA DE CHICAGO, por *Rafael Puig y Valls*. — Cumpliendo el honoroso encargo que le hizo el Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, el Sr. Puig y Valls, Comisario que fué de Industria delegado por el gobierno español en la Exposición de Chicago, ha escrito una Memoria sobre la importancia de la industria norteamericana, como también de la representación industrial de España en aquel gran certamen y el porvenir de nuestras relaciones comerciales con los Estados Unidos. Imposible es dar siquiera una idea de lo interesante de este trabajo en una breve noticia como las que en esta sección publicamos; por lo mismo, sólo diremos que comienza con una brillante introducción acerca del estado de la industria en la América del Norte, admirable estudio hecho á grandes rasgos, con un caudal de datos verdaderamente extraordinario y con una serie de observaciones en las que preside una imparcialidad no influida por la preocupación en tantos espíritus arraigada de que todo lo de los Estados Unidos es superior y punto menos que insuperable. Sigue luego una síntesis de la representación que en la *World's Fair* tuvieron las naciones europeas, y después de esta parte que podemos llamar general entra de lleno el autor en el estudio de la representación de la industria española en aquella exposición: este estudio, que constituye una de las dos partes principales del libro, es un trabajo tan acabado, tan completo, que cuanto se diga en su elogio es poco: la otra parte, destinada á estudiar el porvenir de nuestras relaciones con los Estados Unidos, es de una importancia tal, que bien merece que en ella fijen muy mucho su atención todos los elementos, así gobernantes como productores, de quienes dependen la vida y el



Teatro conmemorativo de Shakespeare recientemente construido en Stratford del Avón para representar en él las obras del gran poeta dramático inglés

desarrollo de la producción y del comercio españoles. En suma, la obra del Sr. Puig y Valls tiene grandísimo interés para nuestra nación, y satisfecho puede estar el Fomento de la manera como dicho señor llevó á cabo la difícil comisión que le encomendara. El libro, además de su valor técnico, por decirlo así, tiene grandes atractivos por la amenidad con que están tratados aun los asuntos más áridos y por la facilidad y elegancia de la narración, salpicada de rasgos ingeniosos y de interesantes consideraciones. Esta *Memoria*, á la que acompaña la planta de la sección de manufacturas en la exposición de Chi-

ago, forma un tomo de unas 250 páginas, elegantemente impreso en la tipografía Española.

THE PATENT LONDON SUPERFINE GONZÁLEZ MELITÓN, por *Pablo Parellada* (*Melitón González*). — Que *Melitón González* era uno de nuestros mejores caricaturistas, sabíanlo hace muchos años cuantos leen ó miran los muchos semanarios cómicos que en España se han publicado de algún tiempo á esta parte, con lo cual dicho queda que lo sabían todos ó casi todos los españoles y no pocos americanos. Pero que el artista que con tanta gracia maneja el lápiz, maneja con la misma habilidad y la misma sal la pluma, no se supo hasta que se representó hace poco más de un año la regocijada pieza *Los asistentes*, que estrenada con gran aplauso en la Comedia de Madrid, ha recorrido con igual éxito los principales teatros de España. No contento con este triunfo teatral, al que siguió el de su otra pieza *La cantina*, ha querido Pablo Parellada ó *Melitón González* probar sus armas en otro género, el de artículos de costumbres, y si regocijó al público con sus dibujos y con sus juguetes cómicos, no menos lo ha divertido con sus nuevos trabajos. El libro que acaba de publicar el editor barcelonés D. Pedro Torrella contiene 46 de estos artículos, y cuanto dijéramos en elogio de ellos sería poco, pues sólo leyéndolos podrá apreciarse la gracia incomparable que todos ellos tienen. Y por si esto no fuera bastante, lleva el tomo una multitud de *intencionados monigotes*, del propio *Melitón González*, que acreditan una vez más la ya tan acreditada marca de su autor. Los que quieran pasar un rato divertido compren, y no les pesará, el *The Patent London Superfine González Melitón*, que se vende en las principales librerías á tres pesetas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE



UNGUENTO ROJO MÈRE
CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
Cojeras • Alcance • Esguinces • Agriones
Infiltraciones y Derrames articulares
Corvazas • Sobrehuesos y Esparavanes
Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se extienden á todos los animales.

BLACK MIXTURE MÈRE
BALSAMO CICATRIZANTE
Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
EN TODAS LAS DROGUERIAS



Frasco 5 fr.
en París
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFULIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS FRECOGES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDÈS et C^{ie}
81, St-Denis, 28

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias
"PARIS, 31, Rue de Selne."

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito, Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, P^o 102, R. Richelieu, París.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbúticas*, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Cotización* y la *Energía vital*.
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE
al **Bromuro de Potasio**
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN